

ESTUDIOS HISTÓRICOS.



María Estuardo y el delfín Francisco.

EL DEMONIO DEL LAGO.

Maria no pudo evitar la siniestra
mirada del kelpy.
(Tradición escocesa.)

I.

LA TUMBA Y LA CUNA.

A mediados del mes de diciembre de 1542, el castillo de Falkland, en Escocia, estaba lleno de gente. Una parte de
25 de Junio de 1852.

la nobleza se hallaba allí reunida, en la expectativa de una gran desgracia y de una nueva feliz. La desgracia iba á tener efecto en el mismo castillo donde el rey Jacobo V se había retirado despues de la derrota de su ejército por los ingleses en Solway-Moos, y la nueva dichosa debía proceder del castillo de Lintithgow, donde residia la reina de Escocia Maria de Lorena, hija de Claudio de Lorena, primer duque de Guisa.

La Escocia luchaba á un tiempo entre un duelo y una es-

Tomo x. 16

peranza; terminaba un reinado y se anunciaba otro, y mientras que el pobre Jacobo V era víctima de los fantasmas que rodeaban su agonía, la reina, pesados por no poder sostener la frente cubierta de sudor de su amado esposo, esperaba, lejos de allí, el primer lamento del niño que debía reemplazar á sus dos hijos, muertos en la cuna. En fin, el 8 de diciembre partió un escudero del castillo de Lintithgow hacia la residencia de Falkland, y propagó por el camino la feliz noticia del nacimiento de una niña que debía llevar el nombre de su madre, Maria.

Este mismo día el rey Jacobo era víctima de un ardiente delirio; esperaban un intervalo de razón para anunciarle el suceso, pero la razón parecía haber huido para siempre.

La Escocia era entonces un país atrasado, lleno de ignorancia y brutalidad; los señores, por necesidad, ejercían allí el oficio de asesinos y ladrones, y el asesinato era la última razón de la política. Jacobo V, alma poética y delicada, no había nacido para este país salvaje ni para aquella época, y le fué preciso bien pronto renunciar á sus ilusiones, á sus aventuras escursiones y á su vida de galantería. Católico ferviente, por otra parte, y justiciero implacable, sacrificando los intereses de su dinastía á los principios de su fé, había combatido á muerte el presbiterianismo de su tío Enrique VIII. Pero en vano sofocó sus generosos instintos: en vano apeló á la espada, al báculo y al escudo; abandonado por la codicia de sus nobles y por la indiferencia de su pueblo, dos veces vencido por Enrique VIII, llorando la vergüenza de sus armas y la ineficacia de sus rigores, devorado por los remordimientos, el dolor y la fiebre, no se encontraba ni aun en estado de recibir el consuelo que le enviaba la Providencia.

Con los ojos ardientes oscilando en sus órbitas, los cabellos desordenados, los labios contrahidos, las manos crispadas puestas sobre la cama, Jacobo luchaba como un desesperado contra las espantosas visiones que recorrían su aposento.

Algunas veces le parecía que todas las víctimas de su intolerancia, escapadas de la hoguera, venían á ponerle bajo su lecho las llamas de su suplicio, y el desgraciado rey, creyendo sentirse consumir, gritaba: ¡fuego! y quería lanzarse del lecho para huir, y se quejaba de que el incendio calcinaba sus huesos. Si sus servidores y los caballeros se atrevían á aproximarse á él para detenerle, el moribundo se desmayaba de terror, suponiendo á estas manos oficiosas instrumentos terribles de su martirio. Espectros, á los cuales daba nombres especiales, venían á rodearle, y le saludaban y le llamaban. El uno, decía, le había cortado los brazos, y prometía volver para cortar la cabeza; otro le arrojaba sobre un lago de sangre y quería ahogarle en él; era un espectáculo horrible la agonía de este joven rey, y los ojos mas insensibles no podían menos de llenarse de lágrimas al presenciar semejante escena.

El 4 de diciembre por la mañana, la pasión de Jacobo V pareció llegar á su término. Después de un letargo de algunas horas el rey despertó, tranquilo, débil, y algo resuelto de su razón. Se incorporó, y dirigió la vista á todos lados con la mirada espantada de un hombre que sale de un sueño cuya realidad no aparece aun; hizo señas para que le abriesen una ventana; aspiró el aire del invierno que removía los árboles deshojados, y después cayó sobre su almohada murmurando:

—¡Qué sueño tan cruel me habeis dado, Dios mío! ¡Qué sueño tan triste me habeis preparado!

Cercaron su lecho real, y conociendo por la triste sonrisa con que saludaba á los cortesanos de la muerte, que su espíritu estaba mas tranquilo, una dignidad de Escocia se arrojó, tomó la mano que el rey le tendía, la llevó á sus labios, y anunció á Jacobo V el nacimiento de Maria, su hija.

Un rocío divino estinguió por un instante el fuego que consumía á Jacobo. Cerró los ojos; su pobre corazón, tan comprimido, se ensanchó y lanzó un suspiro de alegría y de triunfo; el infierno desapareció, el cielo se abrió, el padre reemplazó al rey, y esta palabra: ¡una hija! espantó los espectros que habían estado de centinela en su estancia real. ¡Una hija! murmuró el enfermo, y rodó una lágrima por sus mejillas; después cayó en un dulce sueño, y se conocía por el pliegue de sus labios que su alma atravesaba el espacio, que volaba á Lintithgow, y flotaba dichosa, reconciliada, encima de la cuna de su hija. ¡Pobre rey! ¡pobre padre! Sonreía mirando este retoño, nacido al pie de los suplicios; la tumba abierta de sus dos hijos se cerraba; el horizonte tan triste, tan desencantado, tan sombrío, se iluminaba, y á lo lejos, al través de las brumas, veía una cabeza rubia de niña que sonreía; todo este poema de alegrías y de caricias, de gentilezas de la infancia, se presentó á sus ojos como un relámpago. Un destello de vida y esperanza penetró en su corazón, mientras que el aire vivificador entraba por la ventana que habían abierto. ¡Ay! la tregua fué muy corta; el milagro desapareció muy pronto; la conciencia de su próxima muerte despertó al rey, con el sudor que sintió subir á su frente; le sobrecogió el estremecimiento, se cerró la ventana, se reanimó la lumbre, pero el viento de la tumba no cesó ya de agitar este espectro real.

—¡Una hija! murmuró Jacobo; ¡pobre hija, que va á arrastrar el luto de su padre y el luto de Escocia!

Y á este pensamiento, recordando todos los fantasmas, el rey llevó las manos á sus ojos como para cerrarlos delante de cuadros tan espantosos.—Aquellos, dijo, que no han respetado mi dignidad real, y que han profanado la corona de Escocia, los que la han profanado en mi frente la arrancarán de la suya...

Después de haber pronunciado estas proféticas palabras el monarca, fatigado, quedó silencioso; luego lanzó un grito y espiró.

Los caballeros se aproximaron entonces los unos después de los otros al lecho fúnebre, dieron el último adiós á la muerta magestad, descendieron silenciosos al patio del castillo, montaron sobre sus caballos, y partieron para el castillo de Lintithgow. Iban á saludar á su reina de seis días, María Estuardo.

La profecía del rey parecía preceder este sombrío cortejo, y á pesar de su rudeza, estos lores comprendían que la tumba abierta era demasiado ancha para una sola víctima, y que la Escocia iba á entrar en una larga y sangrienta viudez.

II.

EL KELPY Ó EL DEMONIO DEL LAGO.

Han transcurrido seis años. La joven Maria crecía como una flor silvestre en las márgenes del lago de Monteith.

Educada en el monasterio de Inch-Mahome, la reina niña no conocia aun de la vida, mas que sus rocas empinadas, las yerbas silvestres, y los rios que veian sus paseos y sus juegos.

Alegre y risueña se levantaba antes del amanecer, y no conoce otro pasatiempo que sus vagabundas escursiones al través de los pedregosos senderos. El alma que se despertaba en este gozoso corazon no quiere otras emociones que las leyendas, las baladas, la música y el baile.

Los pescadores sonreian cuando la veian correr por entre los ramages; su cara blanca y sonrosada, su mirada límpida y brillante, que se ejercitaba en la fascinación, de la que abusó mas tarde; sus cabellos, cuyos rizos flotaban libremente sobre su nevado cuello, su voz seductora, todo en ella encantaba, seducia y enternecía.

Los montañeses dejaban entreabierta la puerta de su cabaña cuando el tiempo era bueno, pues sabian que la hija de Jacobo V aparecia á menudo para pedirles un pedazo de su pan negro, y sus cantares. Algunas veces se veia sobre el lago una barca en la que se reia y se hablaba mucho porque la jóven reina se paseaba con sus compañeras. Maria tenia una pequeña corte de su edad y de su nombre. La reina madre que tenia una profunda veneracion por la Virgen, quiso que todos aquellos que se aproximasen á su hija tuviesen las mismas razones para interceder á los pies de la madre de Dios. Por consecuencia todas se llamaban Maria, y esta corte en miniatura profesaba un mismo culto.

Con frecuencia, todas estas Marias saltaban en una barca con su reina infantil y se hacian conducir por el lago de Monteith; y las aguas verdosas y profundas servian de espejo á todas aquellas caras coquetas que buscaban mientras remaban las náyadas y las sirenas de las baladas.

Un dia la jóven reina supo que iba á partir para Francia. Sobre su frente tan dulce y tan pura Dios debia posar una doble corona, y le prometian en San German-en-Laye, un marido de su edad, el delfin Francisco. Aunque la idea de viajar, de cambiar de clima, de dejar este monasterio, que habia sido para ella una cuna sombría, hiciese latir el corazon de Maria, no por eso sentia menos dejar á su bello lago y á sus tristes compañeras á las cuales habia animado con su alegría. Iba á visitar el pais de su madre, á sus tíos de Guisa, que le enviaban tan hermosos presentes y tan dulces palabras; iba cubierta de ricos adornos á formar parte de los personajes de la corte de San German; pero era preciso que renunciara á su libertad. La aldeanita iba á llegar á ser verdadera reina, es decir, ya no podria correr, ni saltar á su gusto; y este compañero de juegos que la prometian, el delfin Francisco, le asustaba solo al pensar que un dia llegaria á ser su esposo, es decir, su señor. Por eso Maria quiso dar el último paseo de despedida sobre su hermoso lago, y las cuatro compañeras que mas frecuentemente la acompañaban, Maria Fleming, Maria Seaton, Maria Hivington, y Maria Beatoun, la condujeron hacia la barca que la esperaba.

Este dia, el cielo estaba hinchado y lleno de lágrimas como el corazon de la jóven reina. La Escocia parecia entristecerse; el lago se agitaba, como para hablar y murmurar una queja; los pescadores acudieron á la orilla para asistir al último paseo de su hada; miraban silenciosamente á las cinco Marias instalarse en la barca, y no pensaban ya

lanzar los *hurrás* acostumbrados. La jóven reina, á pesar de su tristeza quiso sonreír, escitó á sus compañeras, y no logrando distraerlas, entonó una balada; pero su voz no era tan pura, tan lozana como de costumbre, no se atrevió á continuar, y se interrumpió en la primer estrofa; Maria Fleming estaba á su lado, y parecia la mas desconsolada; la reina entonces la abrazó y la dijo:

—Vamos, hija mia, no procures hacermé llorar, y pensemos en el hermoso pais que vamos á ver.

—¡Ay! respondió Maria Fleming, ¿hay hermoso pais sin lagos?

—¡Pobre lago! interrumpió la reina, si yo pudiera llevarle conmigo... E inclinándose hacia afuera sumergió su blanca mano en el agua verdosa, la sacó y la llevó vivamente á sus labios, de donde corrian algunas gotas.

—Tened cuidado, reina mia, dijo una de las pequeñas Marias, no os inclineis tanto que os puede coger el kelpy.

—El kelpy, replicó Maria Estuardo, es un buen demonio que me ama, y no querria hacermé daño.

—Si os ama, razon de mas para guardaros de él.

—Amigas mías, dijo la jóven reina, poniéndose de pié digamos adios al demonio del lago, á este antiguo compañero que no puede seguirnos, y al que nadie vendrá á entonar nuestras canciones.

Maria Estuardo se puso en actitud solemne sobre la barca, á quien comenzaron á agitar las olas tumultuosas, y la jóven cantadora se espresó así:

—Viejo kelpy, tú que eres negro como la noche, y que tienes brazos largos siempre llenos de yerbas, demonio del lago de Monteith, cuyos pies de caballo galopan sobre las olas, cuya cabeza humana asusta, y cuyas frias manos se pegan á las barcas condenadas; demonio que siempre me has acariciado, yo te digo adios y te doy como recuerdo de tu amada Maria, este broche con las armas de Escocia y de Lorena, que ha tocado mi corazon y que va á tocar el tuyo.

Y arrancando vivamente de su manto el broche que le sujetaba, le lanzó al agua: en seguida se arrodilló, miró hacia las profundidades del lago, como queriendo ver el kelpy. Todas sus compañeras la imitaron, y las cinco Marias se inclinaron de tal manera, que las olas, alborotadas por el viento, subian hasta sus frentes y parecian besarlas.

De pronto, bien que los remeros asustados de este imprudente juego y desesperados por no poderle evitar, hubiesen querido obligar á las jóvenes á interrumpirle, bien que la tempestad se elevara, ó bien en fin, como lo aseguran las baladas, el kelpy, el demonio del lago, hubiese querido hacer á Maria una profecía en cambio de su despedida, se percibió cierto tumulto en los flancos de la barca, porque una ola soberbia penetró é inundó á las paseantes, Maria Estuardo lanzó un grito, se arrojó pálida del susto sobre su asiento, murmurando que habia visto al demonio del lago, que el húmedo centauro la habia cogido por sus brazos y habia querido llevársela.

Las jóvenes compañeras de la reina procuraron tranquilizarla, pero no se atrevian á mirar al lago temiendo la aparicion del monstruo, cuyos ojos anuncian la muerte á aquel que los encuentra.

En cuanto á Maria Estuardo, temblaba, pasaba estreme-

ciéndose, su mano en derredor de su cintura; había distinguido perfectamente al demonio que se encaramaba por la barca, y afirmaba que en el momento en que había lanzado el grito encomendándose á la Virgen, su patrona, el mónstruo, que tenía miedo á la madre de Dios, se había sumergido en el lago dirigiéndole una espantosa mirada.

La barca arribó pronto á la escalinata del monasterio.

Las niñas no se determinaron á referir el incidente de su paseo, pero el corazón de María se hallaba estraordinariamente comprimido todavía; pensó con terror en su viaje á Francia; aquella noche se acostó con calentura, y durante toda ella, que no cesó de sonar la tormenta, creyó percibir por los silbidos del viento, y los mugidos del lago, las quejas del kelpy que la llamaba reclamando su joven y real futura.

Su nodriza á quien inquietaba esta especie de agitación, permaneció al lado de su lecho y la oyó murmurar muchas veces:

—Dios mio, ya que me habeis destinado para esposo al delfín Francisco, no permitais que me quede aquí siendo la muger del demonio de Monteith.

Al amanecer, el sueño calmó sus terrores; pero la partida para Francia debía verificarse el mismo día, y cuando sonó la hora, María se dejó conducir temblando, y cerró los ojos mientras pudo ver el lago.

III.

LAS DOS TRAVESIAS.

Embarcóse en Dumbanton, pero apenas la flota que servía de cortejo á la reina de Escocia se hubo alejado de las costas, el viento silbó con violencia, y las naves agitadas por las olas, crugieron y amenazaron zozobrar.

La joven reina pensó entonces mas que nunca en la siniestra vision. Evidentemente el demonio del lago la perseguía. Juntando las manos y rogando con fervor, la hija de Jacobo V suplicó al mal genio de Monteith no hiciese daño á sus compañeras y si solamente á ella; esta súplica que partía de un corazón puro, subió al cielo al través de las nubes amontonadas, y un viento rápido llevó á la flota hacia las riberas de Francia, y el lunes 20 de agosto de 1548, el bagel que conducía á María Estuardo arribó en la bahía de Morlaix, á una guarida de contrabandistas y corsarios del puerto de Roscoff.

Esto no era bastante presagio. La influencia del kelpy parecía perseguir á María hasta el país donde ella debía reinar. Cuando salía con gran pompa de la iglesia de Nuestra Señora de Morlaix, donde se había cantado el *Te Deum*, y cuando atravesaba la puerta de la ciudad, llamada *Puerta de la prision*, el puente levadizo crugió y cayó en el río. Los escoceses gritaron traición; pero como dice la crónica, «el señor de Rohan que marchaba á pié al lado de la litera de su magestad gritó desafortadamente: —¡Jamás ha sido traidor ningún breton! y los dos días que la reina permaneció allí para descansar de la fatiga del mar, hizo abrir todas las puertas de la ciudad y romper las cadenas de los puentes.»

María Estuardo olvidó bien pronto en San German-en-Laye la despedida del demonio de Monteith y los augurios de su viaje. Pasó allí algunos años felices siempre agasajada

y festejada; la corte de los Valois, cuya sombra era Catalina de Médicis, seducía á María y reanimaba su juventud y su hermosura.

Ronsard, Joaquin del Bellay, Amadis Jamyn, todos los poetas aguzaban su ingenio para elogiar sus atractivos. La Escocia fría y brumosa se había olvidado pronto, y cuando contemplaba el Sena desde lo alto del terrado de San German, ó cuando recorría en una barca dorada y empavesada el estanque de Fontainebleau, la hija de Jacobo V no pensaba ya en el lúgubre kelpy.

¡Ay! olvidar al centauro; pero el centauro no olvida. La hija de Jacobo V había sido desterrada por su padre á una agonía sangrienta; las hogueras habían alumbrado su cuna, y la felicidad no podía ser para ella mas que un intermedio irónico entre dos dramas. Apenas había cumplido diez y nueve años, apenas había gustado los perfumes de su risueña juventud, cuando la muerte arrebató la existencia de su amado esposo Francisco II; y un ilustre séquito, pero enlutado, se encaminó hacia el mar, para conducir en sus naves á María Estuardo desolada, que exhalaba sus lamentos con tiernas súplicas y con versos armoniosos.

El 15 de agosto de 1561, dos galeras y dos buques de transporte dejaron á Calais. En una de estas dos naves, María Estuardo miraba con tristeza las costas de Francia que desaparecían á sus ojos. La historia ha consagrado en sus páginas el traje que llevaba la reina en esta circunstancia; vestía un traje de terciopelo blanco, que servía para el luto riguroso de las reinas de Francia; una toca rematada en puntas envolvía su cuello, y su espeso velo cubría sus hombros; las mangas, con bordados de plata, eran muy estrechas; su peinado era bastante sencillo, y un collar de ricas perlas ornaba su nevado cuello.

¡Pobre María! A medida que veía desaparecer la ribera, inesplicables angustias se despertaban en su alma; dejaba en Francia una tumba, en la que dormían con su joven esposo todos sus sueños, todas sus ilusiones, é iba á encontrar en Escocia hogueras que aun no se habían apagado; dejaba una corte encantadora, corazones que gozaban en su porvenir, é iba á ver súbditos sombríos y desconfiados, y una nobleza altanera y envidiosa. La amaban en Francia, no la conocían en Escocia, y tal vez la aborrecían.

Las travesías eran funestas para María. Desde el día en que el demonio del lago se le apareció, no había podido poner el pie sobre una nave sin que le sobreviniese alguna desgracia. El kelpy no faltó en esta ocasión. Se hallaban á corta distancia del puerto, y dos barcas que llevaban las gentes de la escolta de María se volcaron; seis hombres desaparecieron en las olas, y la espuma salpicaba en la frente de la reina; llamó para que dieran socorro, pero en vano; el mar no le rindió ningún holocausto, y después de inútiles esfuerzos, anunciaron á María Estuardo que la tripulación había perdido seis hombres.

La régia viuda dejó correr dos lágrimas, y cuando sus damas de honor la consolaban, dijo á María Fleming, su favorita:

—Mi fé me prohíbe creer en los sortilegios; mi corazón me reconviene; pero á despecho de mi corazón y de mi fé, he visto al demonio del lago alargar sus brazos.

—Reina mia, dijo María: no alimenteis tales ilusiones: no existe el demonio de Monteith, sino la cólera del Océano y la misericordia de Dios.

—¡Oh! yo creo en Dios, replicó María con exaltación; pero no puedo alejar esta otra creencia de mi juventud.

Y dejando á su fiel compañera, se ausentó á una parte retirada de la nave para meditar y llorar con desahogo. Por todas partes se oyeron dar adioses melancólicos á la Francia; ella le consagró también sus mas ardientes caricias, y en seguida rezó por el alma de los infelices que se habian ahogado; y cuando heria su memoria la idea del demonio del lago, invocaba los recuerdos de la infancia y comparaba la triste reina que regresaba viuda á Escocia, con la niña que habia ido á buscar á Francia alegrías fugitivas, con sentimientos eternos.

La reina creia en la eternidad de su dolor; pero María Estuardo era una de aquellas naturalezas alteradas, que absorben las lágrimas como la arena ardiente del desierto absorbe el rocío; era sincera en su desesperación.

La travesía fué triste; María lloró mucho. Encargó al timonero que la despertara al despuntar el día, si aun se distinguian las costas de Francia. El viejo marino no olvidó la orden, y María saludó por última vez á la luz de la mañana, la ribera de su patria adoptiva; despues todo desapareció; el horizonte llegó á ser infinito, y la reina se encontró sola con sus sentimientos, entre el cielo y el mar. Arribaron un domingo por la mañana; pero una espesa neblina impidió el desembarque, que no se verificó hasta el siguiente día, 49 de agosto de 1561, en el cual María Estuardo puso el pie sobre la tierra de Escocia.

IV.

EL LAGO DE LOCH-LEVEN.

Han trascurrido algunos años; la jóven del monasterio de Inch-Mahome ha llegado á ser una muger enérgica y violenta. La pasión ha reemplazado en su frente y en sus ojos las límpidas llamas de su primitiva inocencia. La hada del lago de Monteith ha perdido su aureola. La aman todavía, la amarán siempre, pero con un amor fatal, lleno de frenesí y de remordimientos: con un amor que debilita y mata; la aman porque es hermosa, porque su mirada es irresistible, porque su boca dice palabras mágicas, pero no tienen por ella aquella veneración suprema, aquel culto religioso que le tributaban los montañeses y los pescadores. María Estuardo no es ya solamente la viuda de Francisco II, es también la viuda de Darnley, inmolado para ella y por ella; la sangre de Riccio, cantor italiano, asesinado en su cámara, ha manchado su ropa; Chastelard ha muerto en un suplicio por haberla amado y haberse creído correspondido; despues de tanta sangre derramada se ha dado libremente á Bothwel el pirata; á Bothwel, un tercer marido, asesino de su segundo esposo Darnley; la hija de Jacobo V no ha sido solamente implacable como su padre para la heregia; ha merecido ser maldecida y despreciada de Jhon Knox, el invencible apóstol del presbiterianismo, el único hombre que quiso vanamente seducir y fascinar: Murray, su hermano, á quien colmó de honores y de bienes, encuentra su gloria y su virtud en la ingratitud; la desgracia y la vergüenza siguen por todas partes á esta reina infortunada, llena de genio y resplandeciente de belleza; á fuerza de caprichos extraños, de desórdenes y de crímenes, hubiera sido odiosa á la historia, si Dios no hu-

biera consentido que comenzara su espionaje en la tierra. Esposa olvidada, será madre olvidada; reina imprudente, será abandonada por todos; pero rescatará con su inmolación toda la sangre preciosa que hizo derramar.

En el momento en que la encontramos, María Estuardo, vencida pero infatigable, se escapa del castillo de Loch-Leven, donde su revuelta nobleza la encerró, para comenzar su vida de lucha, de guerra, de violencia y de pasión.

Era el 2 de mayo de 1568; la reina esperaba impacientemente la señal de libertad que le habian anunciado Jorge Douglas y Jhon Beatoun, dos de sus fieles y últimos amigos.

Jorge, pariente del *laird* de Loch-Leven, no habia podido ver á María sin sufrir, como todo el mundo, su fascinación. Encargado de guardarla, habia querido favorecer su evasión; pero descubierto y obligado á huir, habia reunido fuera algunos partidarios de la reina, y dejado á uno de sus mas jóvenes parientes, niño de diez y seis años, el cuidado de abrir las puertas de la prisión á esta seductora y fatal belleza.

El jóven adquirió tanto ardor en su encargo, porque él también se habia conmovido al ver la infortunada prisionera. Con efecto, el 2 de mayo, despues de cenar, cuando María se retiró á su aposento, llamaron á la puerta. Presentóse el jóven 7 doblando, la rodilla en tierra, anunció á la reina que iba á ser libre pues habia robado las llaves del castillo.

—¡Libre! murmuró la reina, bendito seas que os habeis compadecido de aquella á quien abandona su pueblo.

—Señora, el tiempo urge, interrumpió el jóven Douglas.

—Estoy dispuesta, respondió María levantándose, y algunos instantes despues, poniendo sus brazos sobre los temblorosos brazos de su jóven libertador, atravesó disfrazada las puertas del castillo. Una barca se encontraba atada. El lago de Loch-Leven sombrío y silencioso balanceaba el esquife. La luna, cómplice de la fuga, se habia ocultado. Era una admirable noche para la evasión. Antes de poner el pie en la barca, la hada de Inch-Mahome se acordó del lago de Monteith, de sus paseos de niña, y acaso del kelpy, y deteniendo al jóven Douglas:

—¡Ay! dijo, siempre que me he embarcado, las aguas han recibido mis lágrimas.

—Las aguas de Loch-Leven, recibirán primero mi sangre que vuestras lágrimas, dijo Douglas. Si no consigo daros la libertad, me mataré.

—Callaos, niño, y rogad á Dios.

Entonces se encaminaron hácia los muros que habian sido confidentes de sus dolores, y la reina de Escocia dirigió al cielo una ardiente súplica. ¡Cosa extraña! Mientras mas se calcinaba su corazón con el fuego de las pasiones humanas, mas se abria también á las efusiones divinas. La hija del católico Jacobo V, experimentaba en el fondo de todas sus voluptuosidades una sed estinguible que no se satisfacía en la realidad mas que rezando.

Cuando hubo terminado, saltó en la barca, y está impedida por los remos bogó sobre el lago como un cisne.

Habian caminado algun tiempo, y Douglas abandonó los remos, y viendo á María pensativa se puso á contemplarla tristemente. En esta noche apacible la reina fugitiva ensanchaba su corazón y aspiraba los perfumes de su vida pasada.

—Douglas, dijo al fin, como si reanimara su meditación,

no ameis nunca. Conservad vuestro corazon puro como el brillo de vuestra mirada; es el único consejo que puedo daros en recompensa de la libertad.

—Ya es tarde, señora, respondió Douglas con voz temblorosa y echándose á sus pies; yo os he visto llorar, y cuando juré salvaros, juré amaros hasta la muerte.

—¿Vos tambien, pobre niño?

Sucedió á esto un largo silencio que nadie osó interrumpir. La luna hasta entonces velada por las nubes, mostró de repente su pálido rayo que bañó la barca. Douglas distinguió entonces sobre la superficie del agua una flor de lis que inclinaba su cabeza, seductor emblema para una reina de Francia: alcanzó la flor y se la ofreció á la reina. Una perla brillaba en el borde de su cáliz, era una gota de agua... ó una lágrima.

—Señora, dijo Douglas, habeis hecho florecer el lago y el demonio de Loch-Leven se ha apostado aqui para veros pasar.

—¡Cómo! ¿este lago tambien tiene sus demonios?

—Sin duda, asi lo dicen las baladas.

—¡Oh! no me habéis de baladas, Douglas; las he cantado muchas veces. El demonio de Loch-Leven, no le va en zaga al de Monteith, y no hará á la triste reina mejores augurios que los que el kelpy ha hecho á la niña.

Y María Estuardo, sonriendo con amargura, se burlaba dulcemente de esta supersticion; contó á Douglas lo ocurrido en su infancia en el lago de Monteith, y cuando hubo terminado exclamó Douglas:

—Yo tengo una ofrenda agradable para el kelpy de Loch-Leven; y sacando de su pecho las llaves del castillo que habia traído en su fuga, las arrojó al lago.

Apenas cayeron, cuando se oyó un disparo. Habian apercibido la evasion de la reina y disparaban contra su eskuife.

Douglas palideció, María Estuardo lanzó un grito y la barca emprendió nuevamente su vuelo hácia la orilla opuesta, en cuyo tránsito reinó el mas profundo silencio; pero al tocar á la playa la reina dijo á su guia:

—Ya lo veis, Douglas, los lagos de Escocia me aborrecen y la muerte me persigue.

A cierta distancia de la orilla Douglas cogió un cardo y se le ofreció á la reina que ya llevaba una flor de lis.

—Reina de Francia y de Escocia, le dijo, aludiendo á los dos emblemas, vuestros súbditos os esperan.

Después tocó el cuerno que llevaba suspenso á su cintura. Jorge Douglas, John Beatoun, Claudio Hamilton, que esperaban ocultos entre el ramaje, acudieron á saludar á la fugitiva.

María se vió al instante rodeada de una nobleza fiel y adicta: volvió la esperanza á su alma, se creyó dichosa y exclamó abrazando á sus amigos:

—Mé he salvado.

¡Ay! cuánto se equivocaba! Su paseo por el lago de Loch-Leven no hizo mas que preceder á un largo y cruel cautiverio, y el 8 de febrero de 1587, la hija de Jacobo V, la viuda de Francisco II, la reina de Francia y de Escocia, después de diez y ocho años de tormentos, realizando la profecía paterna, puso su cabeza, siempre jóven y hermosa, sobre el tajo de Isabel.

El verdugo tembló cuando tuvo que descargar el golpe. El alma de María partió reconciliada con Dios, por la sú-

plica y el arrepentimiento. Nuestros lectores conocen los pormenores de esta terrible y sublime agonía.

Tal vez antes de subir al suplicio de Fotheringay, en las horas dolorosas que consagró á ofrecer á Dios su vida, María Estuardo se acordó de las supersticiones de su infancia y de las siniestras predicciones del demonio del lago.

L. V.

AMÉRICA DEL SUD.

LAS PRIMERAS NAVES DE LA MARINA MEJICANA.

(Conclusion.)

III.

DE CIGUALAN A TASCO.—LA CABEZA DE LA SERPIENTE.

Al rayar el día se ensillaron los caballos y los viajeros volvieron á los senderos que serpenteaban delante de ellos. Su viage se anunciaba bajo los mejores auspicios. Sin la marcha taciturna del teniente, que contrastaba con el humor festivo del gaviero se los hubiera creído los hombres mas honrados de la tierra.

El terreno iba siendo cada vez mas empinado, y por lo tanto no podian adelantar mucho; y la inmensa llanura de Chilpanzingo, donde reina el mas hermoso clima de Méjico, no tardó en presentarse á su vista: este pais que pertenece á las tierras mas templadas, no conoce el calor de los terrenos inferiores, ni los frios de las zonas mas elevadas; pero dejando este parage á la derecha, los viajeros llegaron á la aldea de San Pedro, y después de dos horas de parada, emprendieron nuevamente su camino dirigiéndose á la ciudad de Tutela del Río.

—¿Dónde dormiremos esta noche? preguntó Martinez.

—En Tasco.

—¿Hay buena posada?

—Buena cama, hermoso clima... Allí el sol, quema menos que en las orillas del mar... Gradualmente se llega hasta las cimas del Popocatepetl donde hace frio.

—¿Cuando atravésaremos las montañas?

—Pasado mañana por la noche, y distinguiremos el término del viage... una ciudad de oro... ¿Sabeis en quien pienso, teniente?

Martinez no respondió.

—¿Qué habrá sucedido á nuestro estado mayor?

Martinez se estremeció.

—¡Cállate!... no lo sé... contestó entre dientes.

—Yo quiero creer que han muerto de hambre. Por lo demas, muchos han caído en el mar, y hay en estos parages una especie de requines y tintoreas que no perdonan á los nadadores. ¡Virgen santísima! si el capitán Ortega resucitara seria preciso ocultarnos en el vientre de un requin. Pero su cabeza se encontró casualmente en el arbotante de la cangreja; y cuando viramos viento de proa...

—¡Te callarás miserable! exclamó Martinez confuso; y el charlatan marino puso punto en boca.

—Escrúpulos bien fundados, pensó interiormente el jovial José. Para entonces, dijo en voz alta, á mi vuelta fija-

ré mi residencia en este delicioso país de Méjico. Se corre aquí tan bien al través de las ananas, de los bananos; y además nos tendemos sobre conchas de oro y plata.

—¿Has sido traidor por eso? preguntó Martínez.

—No lo niego... cuestión de dinero.

—¡Ah! exclamó Martínez pesaroso.

—¿Y vos? preguntó José.

—¿Yo?... cuestión de mando, de rivalidad... el teniente se vengaba del capitán.

—Ja, ja, exclamó José riéndose con desprecio.

—¡Chist! dijo Martínez deteniéndose... ¿Qué es lo que yo veo allá abajo?

José se empujó apoyándose sobre los estribos.

—Nada, respondió.

—Yo he visto á un hombre desaparecer prontamente, dijo Martínez.

—Vuestra imaginación.

—¿Lo he visto? repitió el teniente con impaciencia.

Martínez se adelantó solo hacía un matorral espeso y de grande altura casi impenetrable: echó pie á tierra; la soledad era completa. De pronto vió que se movía una especie de espiral: era una serpiente de cortas dimensiones, con la cabeza aplastada bajo un pedazo de piedra, y la parte posterior de su cuerpo se movía como un miembro galvanizado.

—Aquí había alguien.

Martínez, pálido y tembloroso miró á todos lados y comenzó á temblar.

—¿Quién me llama? murmuró lleno de espanto.

—¿Qué es eso? preguntó José riéndose.

—Nada, dijo Martínez, marchemos.

Los viajeros costearon las márgenes del Mejala, y muy pronto, el humo de algunas fogatas anunciaron la próxima presencia de los indígenas y la de la ciudad de Tutela del Río, la que apareció poco después; pero deseando llegar á Tasco antes que oscureciese, la dejaron después de algunos instantes de reposo.

Sin embargo, llegó la noche, y Martínez seguía á cierta distancia á su conductor José; este se orientaba con trabajo á causa de las tinieblas, pero acostumbrado á guiarse por las estrellas, buscaba en el cielo los senderos practicables.

El teniente dejaba que su caballo siguiera las huellas del de su compañero. Los remordimientos agitaban su pecho, sin poderse dar cuenta de su absorción, ni por qué los objetos se presentaban á sus ojos bajo colores tan sombríos.

Oscureció enteramente; los viajeros apretaron el paso, y atravesaron sin detenerse las aldeas de Contepec y de Iguala y llegaron á la ciudad de Tasco. En la calle mas principal había una especie de posada, donde entregaron sus caballos á un mozo de cuadra y pasaron á la sala, en la que se veía una mesa larga y estrecha con el servicio completo. Sentáronse los viajeros el uno frente del otro y pidieron una comida bastante suculenta para paladares indígenas, pero que solo toleraba la hambre excesiva de los europeos; les pusieron trozos de pollos nadando en un océano de salsa con pimienta verde, arroz con pimientos encarnados y azafrán, uvas secas, y los garbanzos tostados terminaron el suntuoso festín; esta comida extravagante iba acompañada de tortillas, especie de galletas de masa cocida; luego pusieron bebida, pues en Méjico no se desaltera la sed sino después de haber comido. De todos modos nuestros

viageros dejaron satisfecha su hambre, y la fatiga no tardó en dejar dormidos á Martínez y á José hasta una hora bastante avanzada del día.

IV.

DE TASCO Á CUERNÁVACA.—EL ÁRBOL Y LA PEÑA.

El teniente fué el primero que se despertó.

—José; en marcha.

El gaviero estendió los brazos.

—¿Qué camino tomamos? preguntó Martínez.

—A fé mia, que conozco dos.

—¿Cuáles?

—Lo mas derecho es encaminarse á Zacualican, Tenancingo, y Toluca. De Toluca á Méjico el camino es bueno y escalaremos la Sierra Madre.

—¿Y el otro?

—El otro nos separa un poco del E.; pero tambien llegamos cerca de las hermosas montañas del Popocatepetl y de la Ictacihuatl; es el camino mas seguro porque es el menos frecuentado; hay grandes pinos, y se toca á Méjico con la mano; es un hermoso paseo de unas quince leguas sobre una pendiente inclinada.

—Vamos por el camino mas ancho, y en marcha. ¿Dónde dormiremos esta noche?

—Si andamos un poco ligeros en Cuernavaca.

—Los dos viajeros se fueron á la cuadra, mandaron ensillar los caballos, y llenaron los morrales de galletas, de granadas y de carne fiambre, pues corrían riesgo de no encontrar en las montañas alimento alguno. Después que pagaron se pusieron en camino.

Por la primera vez, apercibieron la encina, árbol de buen agüero, al pie del cual se detienen las emanaciones malsanas de los terrenos inferiores, y en cuyo parage sintieron los dos aventureros aquella temperatura de 20 á 22° tan comunes á los climas de Jalapa y de Chilpanzingo, que se han comprendido bajo la denominación de *tierras templadas*.

Los viajeros atravesaban las inmensas barreras que ciñen las llanuras de Méjico.

—¡Ah! dijo José; he aquí el primero de los tres torrentes que debemos atravesar.

Con efecto, un río profundo acababa de cruzar un abismo al lado de los viajeros.

—En mi último viage estaba seco este torrente. Seguidme, teniente.

Descendieron por una pendiente bastante dulce, tallada, digámoslo así, en la misma roca, y llegaron á un vado muy practicable.

—Ya va uno, dijo José.

—¿Los otros son igualmente practicables?

—Lo mismo. Cuando las lluvias aumentan estos torrentes desembocan en el riachuelo de Ixtoluca que atravessaremos entre las grandes montañas.

—¿No tenemos nada que temer en estas soledades?

—Nada, escepto el puñal del mejicano.

—Es verdad, respondió Martínez.

—Tanto mejor, dijo el gaviero; nos las habremos con los indios.

—¿Cuántas castas de indios habitan en estas montañas? preguntó Martínez.

—¿Quien puede determinar los diferentes habitantes de Méjico? De todas partes vienen gentes á estos paises, conducidos por la sed del oro. Reparad en todos estos cruzamientos de razas, que yo he estudiado cuidadosamente para contraer en cierto día un casamiento ventajoso. Aquí se encuentra la mestiza, hija de un español y una india; la castiza, hija de una mestiza y un español; la mulata, de una española y un negro; la monisca, de una mulata y un español; la albina, de una monisca y un español; la tornatras de un albino y una española; la tinticlara, de una tornatras y un español; el lovo de una india y un negro; el caribajo, de una india y un lovo; el grifo, de una negra y un lovo; la chaniza, de una mestiza y un indio, sin contar otras varias que van paulatinamente degenerando.



Las espigas que sostienen el puente caen á los hachazos.

José decía verdad, y la pureza de las razas, muy problemática en estos paises, contribuía á la incertidumbre respecto á los estudios antropológicos. Pero á pesar de las sabias observaciones del gaviero, Martínez caía incesantemente en su primera taciturnidad, y se separaba de su compañero, cuya presencia le molestaba.

Los otros dos torrentes no tardaron en cortar el camino de los dos viajeros; pero el teniente quedó desconsolado delante de aquel torrente seco donde creyó dar de beber á su caballo.

—Hétenos aquí, sin viveres y sin agua, teniente. Pero seguidme. ¿Veis este árbol que se confunde con las encinas y los olmos? no es frutal; pero debajo de su sombra se encuentra siempre un manantial, y aun cuando no tengamos mas que agua, debo deciros, sin embargo, que el agua es el vino del desierto.

Los ginetes se dirigieron á aquel parage; pero buscaron en vano la fuente prometida; y sin embargo, José tenía razón.

—Es extraño, dijo adelantándose hacia el árbol.

El árbol había sido cortado casi de raíz y llevado á gran distancia del terreno que le había visto nacer y que contenía el manantial de agua; la cortadura estaba reciente,

—¿No es verdad que es extraño? dijo Martínez palideciendo. Adelante; en marcha.

Los viajeros no volvieron á dirigirse la palabra hasta que llegaron á la aldea de Cacahuimilchan; allí desocuparon un poco sus morrales, y se dirigieron hacia Cuernavaca.

Al dar la vuelta á una gran peña apareció el fuerte de Cochicalcho, fortificado por los antiguos mejicanos. Dirigieron los viajeros hacia el inmenso cono que forma su base; después de haber echado pie á tierra y que ataron sus caballos al tronco de un olmo, Martínez y José, deseosos de proseguir su camino llegaron á la cima del cono, merced á las asperezas del terreno.

La noche vino envuelta en una espesa oscuridad, y veían los objetos bajo una forma indecisa que les prestaba cierto carácter fantástico. Martínez creía ver sombras que se agitaban sobre el cuerpo de un monstruoso animal; pero guardaba silencio para no dar ocasión á la mofa del incrédulo José. Este se aventuraba lentamente al través de los senderos de la montaña y cuando había desaparecido detrás de alguna fragosidad, guiaba á su compañero con sus gritos de: *voto á Santiago y á Santa María*.

De repente, una enorme ave nocturna, lanzando un graznido ronco se elevó pausadamente sobre sus anchas alas, y Martínez se detuvo. Un enorme pedazo de roca oscilaba visiblemente sobre su base á treinta pies de altura. De pronto se separó, y rompiéndolo todo á su paso, con la rapidez y el estrepito del rayo fue á sumergirse en el abismo.

—¡Jesus nos valga!... ¡Mi teniente!

—¡José!

—¡Por aquí!

Los dos viajeros se juntaron.

—Bajemos pronto, dijo el gaviero.

Martínez le siguió sin decir una palabra y bajaron por una especie de surco que había señalado el tránsito devastador de la peña.

—¡Jesucristo! exclamó José; nuestros caballos han sido arrebatados y muertos.

—¡Dios mío! es verdad; añadió Martínez.

—¡Mirad!

El árbol donde ataron los caballos también había desaparecido con ellos.

—¡Jesus nos favorezca! ¡Si nos hubiésemos quedado aquí! dijo filosóficamente el gaviero.

Martínez sentía un temblor extraordinario.

—La serpiente aplastada, el árbol arrancado de raíz, y esta especie de terremoto, dijo, y de repente se lanzó sobre José con la vista estraviada.

—¿No acabas tu de hablar del capitán don Ortega? preguntó temblando.

José retrocedió; Martínez se estremecía.

—Déjemonos de bromas, mi teniente. Un saludo á nuestros caballos y en marcha; no conviene permanecer aquí, cuando la montaña sacude su crin.

Los viajeros prosiguieron su camino sin hablar palabra, y á las doce de la noche llegaron á Cuernavaca; pero no pudieron obtener caballos, y al día siguiente por la mañana se encaminaron hacia la montaña del Popocatepetl.

V.

DE CUERNAVACA AL POPOCATEPETL.—EL PUENTE.

La temperatura era fría, y nula la vegetación; estas alturas inaccesibles pertenecían á las zonas glaciales llamadas *tierras frías*.

Después de seis horas de camino, los dos aventureros iban dando señales de un visible cansancio, y muy pronto la fatiga los obligó á sentarse, y José preparó algun alimento.

—Satánico a idea fué la de no tomar el camino ordinario, dijo José.

Los viajeros esperaban encontrar á Aracopistla, aldea enteramente perdida en las montañas, y sin medios de transporte para terminar el viaje; pero ¡cuál fué la desesperación de estos hombres al encontrar allí la misma pobreza y la misma inhospitalidad que en Cuernavaca! Sin embargo, era preciso llegar.

Entonces se elevaba delante de ellos el inmenso cono del Popocatepetl, y la vista se perdía en las nubes al buscar la cima de la montaña; el camino tenía una aridez desesperante; por todas partes no se veían mas que hondos preci-



Costumbres mejicanas.— Una pendiente entre los naturales de dicho país.

picios, y los senderos vertiginosos oscilaban bajo las pisadas del viajero. Para reconocer el camino era preciso subir esta elevada montaña, la que llamada la *Roca humeante* por los indios, conserva todavía vestigios de recientes explosiones volcánicas. Después del último viaje del gaviero José, estas soledades se habían alterado á consecuencia de nuevos cataclismos, y por eso se perdían al través de aquellos senderos impracticables, y se detenía en todas partes poniendo el oído atento, pues no cesaban de escucharse ciertos ruidos desagradables al transitar por las pendientes de la montaña.

El sol declinaba sensiblemente, y las gruesas nubes que cruzaban el firmamento parecían la reflexión de las rocas

inmensas que erizaban el terreno. Se sentían preludios de lluvia y tormenta en estas comarcas donde la elevación del suelo acelera la evaporación del agua: había desaparecido todo género de vegetación, y por diferentes partes vacilaban unos cuantos pinos sobre las rocas, cuyas cimas se confundían con las nieves eternas.

—¡No puedo mas! dijo José dejándose caer de fatiga.

—Marchemos, dijo Martínez con febril impaciencia.

Resonaron algunos truenos:

—¡Lléveme el diablo si acierto á andar por estos senderos hoy para mi desconocidos.

—Levanta, y marchemos, dijo bruscamente Martínez; y obligó á José á que volviese á emprender su camino.

TOMO X.

17

—¡Y no hay un ser humano que nos guíe!

—Mejor, dijo el teniente.

—¿Vos no sabéis que todos los años se cometen un millar de asesinatos en Méjico, y que las cercanías no están seguras?

—Mejor, repitió Martínez.

Gruesas gotas de agua salpicaban en distintas direcciones sobre las rocas alumbradas por los últimos rayos del sol.

—Después que atravesemos los picos que nos rodean, ¿que veremos? preguntó el teniente.

—Méjico á la izquierda, la Puebla á la derecha: pero nosotros no distinguiremos nada, porque está muy oscuro. Delante de nosotros está la montaña de Ictacihuatl, y á su falda, el camino bueno. Pero no llegaremos á él.

—¡Marchemos!

José decía la verdad. Méjico está encerrado en un inmenso cuadrado de montañas: cuando se llega á la cima de estas barreras desciende el viagero sin dificultad á la llanura de Anahuac y prolongándose hacia el Norte, el camino se presenta bueno hasta Méjico.

¡Pero cuánto se sufre antes de llegar al mencionado parage!

Los truenos se repetían con mas fuerza en la montaña; la lluvia y el viento disminuían para que se oyese mejor los ecos de la tormenta.

José juraba á cada paso; Martínez pálido y silencioso lanzaba miradas aterradoras sobre su cómplice, á quien veía como una perpetua acusación.

De repente iluminó un relámpago aquella profunda oscuridad, y los viageros se contemplaron al borde del abismo.... Martínez corrió con presteza hacia José; le puso la mano sobre el hombro y después que resonaron los últimos ecos del trueno, le dijo:

—José.... tengo miedo....

—¡Miedo!... ¿miedo de la tormenta?

—Miedo, porque tengo remordimientos: no temo la tempestad del cielo; tengo miedo á la borrasca que se desencadena contra mí.

—La pasada traición os trastorna la cabeza.

—No es la traición.

—¡Ah! ya.... el capitán Ortega.... Me haceis reír, respondió José, que no veía, pues Martínez tenía la vista estraviada y los cabellos erizados.

Oyóse un retumbante trueno que separó á los dos traidores.

—¡Cállate, José, cállate!

—Pues la noche es apetitosa para andarse con sermones, dijo el gaviero, si teneis miedo cerrad los ojos y tapaos las orejas.

—Me parece que veo á aquel desgraciado....

—Y su cabeza rota.... Eso es muy ingenioso.

—¡Aquí! ¡aquí! exclamó Martínez.

Una sombra negra se habia aparecido á veinte pies de distancia, y al mismo tiempo José volvió á ver á su lado á Martínez lleno de terror.

—¿Que es eso? preguntó.

Un relámpago alumbró aquellas tinieblas, y vió José un brazo levantado con un puñal que le amenazaba.

—¡A mí! gritó.

—¡Muere!

Y Martínez huía sombrío y ensangrentado como Cain.

Un momento después dos hombres se inclinaron sobre el cadáver.

—¡Ya va uno!

—¡Y está bien muerto!

—¡En marcha!

—¡En marcha!

Martínez anduvo errante como un loco al través de aquellas ásperas soledades; los frecuentes relámpagos que palidecen mas su semblante, le queman con un fuego infernal.

—¡Veo el infierno! esclama.

Y corre con la cabeza desnuda, empapado por la lluvia que cae á torrentes sin que extinga los ardores de su abrasado cerebro.

—¡A mí, á mí! exclama encaramándose por aquellas cimas escurridizas. Los pinos parece que se doblan para ahogar entre sus brazos gigantes; las rocas toman formas monstruosas para devorarlo á su paso; los precipicios se inflaman, y los incesantes relámpagos vomitan á su tránsito fuegos vengadores del infierno.

Martínez no sabe á qué parte girar. Oye de pronto un sordo ruido y observa.... ¡parece que la montaña se agita, y á sus pies, oye, pues no ve, el surco espumoso de un torrente que se estrella en los ángulos de las rocas; es el pequeño río de Ixtolucca; quiere huir y cae en tierra!

La tormenta se desencadena con mas furia que nunca; la tierra parece envidiar la cólera del cielo y responde á sus torrentes de lluvia con llamaradas de fuego. La cima del Popocatepetl se entreabre con un inmenso rumor. La lava corre abundante sobre las cimas de las montañas, ilumina las tinieblas con su brillo incendiario, y precipitándose en el abismo confunde sus cascadas de fuego con las cascadas espumosas.

—¡Qué horror! exclamó Martínez.

Se incorpora y se pone de rodillas mirando á todos lados.

A cierta distancia y sobre el mismo torrente hay un puente formado de frutos de la *crecencia pinnata* atados con cuerda: está apoyado en los dos extremos de las rocas; pero batido por el viento oscila como un hilo en el espacio;

—¡Es menester huir!

Martínez se coge con rabia á las cuerdas que sostienen este sendero aéreo y se adelanta.

A fuerza de osadía logra llegar á la parte opuesta.... pero ve una sombra negra en medio de aquellos horrores nocturnos.

Martínez retrocede sin decir una palabra; se aproxima á la otra parte opuesta que habia dejado, y ve otra forma humana en su presencia.

Martínez cae de rodillas en medio del puente y se afianza á sus cuerdas con desesperación.

—¡Martínez, yo soy Pablo!

—¡Martínez, yo soy Jacobo.

—¡Has hecho una muerte y vas á morir!

—¡Has hecho una traición y vas á morir!

—Mira la tierra que se abre para recibirte en su seno; mira tu féretro; no sacarás partido de la muerte del capitán Ortega.

—Mira el infierno que te lanza sus llamas ¡He aquí tu eternidad! ¡No irás á Méjico á vender las naves de España!

Agitase el volcan, y la luz del cráter, inundando las montañas, reviste el cielo entero con sus tintas de fuego.

—Muere! gritan los dos á un tiempo.

Se oyen dos golpes en las dos estremidades del puente; las espigas que le sostienen caen á los hachazos.

Repitese un horrible rugido que se confunde con los ecos del torrente, y Martinez cae precipitado en el abismo.

—¡He vengado al capitán Ortega! dice Jacobo.

—¡He vengado al capitán Ortega y á España! añade Pablo.

Así varió, por medio de este drama, la marina de la confederación mejicana, pues las dos naves españolas quedaron en poder de la nueva república, y llegaron á ser el núcleo de la flotilla que disputaba la California á los gigantes buques de los Estados Unidos de América.

J. V.

LA ROSA DEL PRIORATO.

EPISODIO DEL SIGLO XIV.

EPILOGO.

El conde de Prades tuvo la humorada de no confesarse y á ella debió no haber sido ahorcado. Muerto el rey Martín fué puesto en libertad, y todavía el manco vivió algunos años arrinconado en su castillo.

Cuando conoció se acercaba la hora fatal mandó un espreso á la cartuja de Scala-Dei, y el prior de aquel monasterio acudió en su ayuda.

—Padre, dijo el moribundo, si por temor á una muerte afrentosa he olvidado la fé de mis padres, ahora quiero prosternarme en el tribunal de la penitencia, si puede haber perdon para mí.

—La misericordia del Señor, contestó el monge, es siempre superior á los pecados, cuando hay arrepentimiento.

—¿Qué debo hacer, pues, para salvarme?

—Tan solo desearlo.

—¡Oh! podeis creer que nadie se perderá si en tan poca cosa consiste el salvarse.

—Pecador, exclamó el prior, á Dios nadie le engaña; y si el corazón del mortal siente el dolor de haberle ofendido ya está en gracia y es perdonado. ¿Pero, vuestra conversión es verdadera? ¿Si volveis sano á la vida hareis penitencia?

—La agonía es cruel, dijo el enfermo.

—¡Oh! La del Hombre-Dios fué mas dolorosa, y el que la sufría era inocente. ¿Podeis decir otro tanto?

—Prior, decidme, ¿el rey Martín murió consumido por gusanos?

—Hermano, estais en pecado mortal y os acordais de miserables venganzas.

—Es que mandó cortarme la mano, y desde entonces he quedado manco.

—Las ofensas deben olvidarse y el ofensor ha de ser perdonado.

—¿Luego tengo que dar gracias á aquel verdugo?

—El que no perdona tampoco será perdonado.

—Escuchad, fraile. ¿Vive todavía la baronesa viuda de Entenza?

—Blanca de Alba, respondió el cartujo, ha muerto.

—Ja, ja, ja. ¿Y cómo la habrá recibido su marido allá en la otra tierra?

—La pecadora hizo penitencia.

—¿Y su hija?

—Ha fundado el convento de Mousant de cuya comunidad es abadesa.

—¡Hola! Mi muger es monja.

—Hermano, pensad en la muerte.

—¿Y aquel jóven Jesus que debía ser mi heredero?

—El que fué vuestro hijo, renunció al mundo.

—¿Y ahora dónde está?

—Dios puso ante sus ojos un terrible ejemplo, y el hombre conoció la futilidad de esta vida.

—¿Se hizo fraile?

—Retiróse á la soledad y está rogando á Dios por su padre.

—¿Es fraile blanco, negro ó ceniciento?

—Es cartujo.

—Quisiera verle.

—Es cosa muy fácil. Abrid los ojos y le vereis.

—¡Ah! ¿eres tú?

—El Señor ha permitido que el hijo penase por la salvación de su padre.

El delirio del enfermo estalló con tal fuerza, que fué preciso atarlo.

El monge rezaba arrodillado á los pies de la cama.

Los pages y escuderos con la cabeza descubierta contemplaban la agonía horrible del conde.

Cuando el sacerdote pronunció aquellas palabras:

*Deus, Deus meus, respice in me:
quare me dereliquisti?*

El moribundo dijo con voz clara é inteligible

—*Miserere mei, Deus.*

Y dejó de existir.

He leído los anales del monasterio cartujo de Scala-Dei, y la fundación del convento de *Bon-repós*, monjas del Cister, cuya primera prelada fué la última baronesa de Entenza. He meditado sobre el acto de rigor que ejerció el rey Martín con el conde Juan de Prades, y en la lápida de su sepulcro lei hace algunos años esta inscripción:

Peccavi, peccavi, peccavi.

IRENE.

(Conclusion.)

IV.

RENCOR Y BENEVOLENCIA.

Quince días despues Irene estaba alojada en una linda habitación de la casa de la vizcondesa, y tratando de ponerse al corriente de sus nuevas obligaciones, que no eran complicadas ni difíciles, pues se reducian á transmitir á dos viejos criados las órdenes de su ama, á acompañar á esta á la iglesia y al paseo, y á leerla algunas noches los periódicos de la capital.

La vizcondesa taciturna, disgustada y sumergida en

sus tristes pensamientos, no exigía á su joven compañera esos solícitos cuidados, esa conversacion inagotable, esas eternas zalamerías y adulaciones de que los viejos se muestran tan avaros y exigentes á veces; al paso que viviendo sola y cultivando muy pocas relaciones, no le imponía el menosprecio del mundo como usufructo del crecido salario con que recompensaba sus servicios. El cargo de Irene, pues, era en efecto de muy fácil desempeño, y habria parecido muy llevadero á cualquiera otra persona menos sensible; pero ella, alma noble y delicada, sufría interiormente solo de contemplar aquellos íntimos dolores que se traducían por largas horas de silencio, por un malestar involuntario, por irritaciones sin motivo y por la falta de gusto para todo.

A los caprichosos arranques de su maternal dolor, solo oponía Irene una paciencia siempre igual y á menudo victoriosa, porque ella pertenecía al corto número de esos seres privilegiados de quienes ha dicho el Salvador: *Bienaventurados los buenos, porque la tierra será suya. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios* (1) y procuraba hacer penetrar insensiblemente en el pecho de la vizcondesa, por medio de la conversacion y aun de la lectura, un poco de indulgencia y de calma. Con la solitud de una hija, se afanaba por alejar de su vista todos los objetos que sabia escitaban su enojo y que antes la torpeza de los criados provocaba á cada instante; defendía siempre á los ausentes, presentando diestramente bajo una forma sencilla esas máximas misericordiosas que el Evangelio nos ofrece en cada página, y hacia cuanto estaba de su parte por rodear á la infeliz madre de una atmósfera de paz y bondad que la dispusiesen mas tarde al olvido y al perdón.

El instinto de conciliacion y benevolencia que en grado tan eminente poseía aquella apreciable joven, habria tal vez bastado para cicatrizar las heridas del corazon mas ulcerado, sin la multitud de circunstancias que á cada paso venían á despertar la cólera y el rencor de la señora de Brehioz, un instante adormecidos.

Frecuentemente Irene veía llegar cartas que traían el sello de las Provincias Vascongadas. Estas cartas, cuya letra era siempre idéntica, las llevaba ella á la vizcondesa, que las miraba empalideciendo, y mandaba devolverlas al cartero. Entonces los viejos criados se decían: «otra carta del señorito Esteban que su madre se empeña en no recibir;» y su madre, en vez de dejarse enternecer por el abatimiento y el dolor pintado en el rostro de sus fieles servidores, se desataba en improperios contra los hijos ingratos y aparentaba regocijarse de los continuos descalabros que sufría la causa carlista.

Pronto las cartas dejaron de presentarse, y la suerte pareció en efecto inclinar la balanza á favor de los que defendían el trono constitucional de Isabel II. Las gacetas venían llenas de partes y boletines altamente satisfactorios. La vizcondesa los leyó, pero nadie pudo adivinar sus verdaderos sentimientos; únicamente se notó que su palidez y postracion se aumentaban día por día... la vida se retiraba de su seno... El médico la ordenó que saliese inmediatamente de la ciudad y se dirigiese á cualquiera de sus posesiones de campo, y ella, mas por fastidio que por atender á su salud, se apresuró á complacerle.

V.

QUIEN PORFIA VENCE.

Hay á cinco leguas de Toledo una linda casa de campo, célebre en aquellos alrededores.

Esta posesion pertenecía á la vizcondesa que la habia heredado de su padre, y contaba mas de un siglo en el dominio de su familia, habiendo sido restaurado el edificio á principios de 1812.

En diversas épocas habia estado en ella, en compañía de sus dos hijos, cuando estos eran todavía niños, y fuera por los recuerdos que atesoraba ó por otro motivo que ignoramos, ello es que profesaba á aquel sitio un afecto particular.

Y sin embargo, no bien hubo traspasado el umbral y entrado en la sala, exclamó con voz ahogada dirigiéndose al conserje:

—Os dije antes de irme hace dos años que sacáseis de ahí ese cuadro.

La vizcondesa señalaba al propio tiempo un lindo cuadro firmado, V. Lopez, que representaba dos hermosos niños, hermano y hermana quizá, jugando con un corderillo.

El conserje asustado, murmuró algunas excusas y se apresuró á descolgar el cuadro, mientras la señora de Brehioz repetía en voz baja:

—Donde quiera que voy, su imagen y su recuerdo me persiguen... ¿Para qué necesito verlos tales como eran entonces, sabiendo lo que son hoy?...

Irene quiso acercarse.

—Dejadme en paz, señorita, añadió la baronesa conociendo su intencion; quiero estar sola, necesito descansar...

Irene obedeció; pero al cerrar la puerta creyó percibir un suspiro sofocado.

Salvo algunas ligeras modificaciones, la vida de ambas mugeres en la casa de campo, fué la misma que en la antigua capital de los reyes godos; pero ni el aire puro, ni la vuelta de la primavera, volvían la salud á la pobre madre... la fiebre la devoraba, sufría continuos insomnios, apenas dormía, y nada parecia interesarla sino la lectura de la *Gaceta Oficial* de Madrid.

Leía desde el principio al fin todos los boletines, todas las noticias relativas á los carlistas, y alguna vez el nombre de su hijo, que habia llegado á distinguirse por su decision y bravura, hacia levantar su pecho acelerado y asomar alguna lágrima furtiva á sus marchitos ojos.

Empero no le perdonaba... Un rencor, tan grande como habia sido en otro tiempo su cariño, fermentaba en el fondo de su corazon.

De pronto el horizonte de la causa de don Carlos se nubló en siniestros resplandores, y los fusilamientos de Estella dejaron entrever el descontento y mala inteligencia en que se encontraban sus primeros adalides. Al mismo tiempo supo la vizcondesa que la division de que formaba parte su hijo habia sido deshecha, y que Esteban habia ganado la frontera de Francia gravemente herido.

Poco despues, el abrazo de Vergara, terminando la

(1) San Mateo.

guerra y uniendo á los españoles en un vínculo común, abrió ancha tumba al absolutismo; y sin mas efusion de sangre, que harta se habia ya vertido, España quedó libre de facciosos.

Al leer en los periódicos estas importantes nuevas, la viuda de Brehioz, dijo á Irene con una amarga alegría mas desgarradora que la cólera y el dolor que á la vez luchaban en su pecho:

—¡Me alegro!... ¡Dios castiga á los hijos ingratos!

—No, respondió la jóven incapáz de contener el sentimiento religioso que rebotaba en su corazón; no, Dios perdona! Nuestro Dios es el Dios de las misericordias infinitas, que aparta los ojos de nuestras faltas para no tener que castigarlas, y que ordena á sus ángeles que se regocijen siempre que una oveja descarriada vuelve al aprisco. Dios perdona, señora, porque es padre, y vos, señora, que sois madre ¿no hareis lo mismo que él?

—He sufrido demasiado, contestó la vizcondesa con acento sombrío y volviendo á otro lado la cabeza cual si temiera enternecerse.

—¿Y vuestro hijo no ha sufrido tambien? ¿No ha espiado bastante su falta, disculpable hasta cierto punto, cuando obró ciegamente bajo el impulso del dolor que le ocasionaba la muerte de su padre? ¡Dios sabe dónde se encuentra ahora, y si morirá de sus heridas, de hambre ó de miseria! ¡Ah! ¡vivo ó muerto, perdonadle, señora, perdonadle!

La vizcondesa nada contestó; Irene calló, y alzando los ojos al cielo pidióle mentalmente que tocara el corazón de su protectora.

Desde aquel día roto el muro de hielo que se interponía entre ambas, pudo ella reiterar sus instancias y abogar con mas frecuencia y sin ser interrumpida, en favor de los ausentes. El cura del mismo pueblo, hombre lleno de caridad y de dulzura, unió sus esfuerzos á los suyos. El hablaba con la autoridad y la unción que le daban sus canas y su carácter sacerdotal; ella con el respeto, con la benevolencia y las atenciones que su posición secundaria exigía; pero los dos, en vista de la tenacidad de la vizcondesa y de su obstinado silencio, estaban convencidos que aquel perdón tan solicitado no saldría de sus labios hasta que la losa de su tumba se abriera para ella.

Una tarde que Irene se paseaba por el jardín, la criada la trajo una carta que acababa de entregarle el ordinario. Dicha carta, escrita en un papel de color problemático, tan basto era, estaba salpicada de manchas de aceite y ostentaba al lado del español el timbre francés. Irene la arrebató de las manos á la criada, la examinó con atención y leyó en el sello extranjero la palabra «Bayona.» Loca de alegría, corrió al cuarto de la vizcondesa y se la presentó, rogándola que perdonase su impertinencia.

La inflexible anciana tomó la carta con mano trémula, la contempló fijamente algunos instantes, y la devolvió á la portadora, diciendo:

—Que la lleven otra vez al correo... no quiero recibirla.

—¡Ah! señora! exclamó Irene juntando las manos en ademán de súplica, ¡gracia, gracia para la carta!... ha sido escrita en medio de los padecimientos, trae consigo el sello del infortunio, y viene de tan lejos para implorar el perdón... el perdón de un moribundo tal vez!... Por piedad, señora, no la rechaceis... No rechazareis este papel que encierra quizá el último pensamiento de vuestro desgraciado hijo!...

Habia tal persuasión y energía en las palabras de la generosa jóven, que vencida la vizcondesa, no tuvo valor para resistir á su ruego. Cogió bruscamente la carta y la apretó en su mano convulsa, mientras Irene deseando dejarla sola con sus impresiones, se alejaba satisfecha de su noble proceder y reflexionando en su interior que en el bien como en el mal *quien porfia vence*.

VI.

EL CAPITAN CARLISTA.

—Venid, señorita, venid, dijo el conserje entrando muy conmovido en la habitación de Irene, y suplicándola con voz y ademanes que le siguiese.

La jóven sin exigirle mas explicaciones, dejó el libro que estaba leyendo y caminó tras él.

Al llegar á la reja de hierro inmediata al jardín, vió á un hombre á quien rodeaban los domésticos de la casa con visibles señales de respeto y cariño, aunque su esterior indicaba la mas completa indigencia.

Llevaba un capote de paño burdo, pantalones de lienzo, chaqueta colorada, zapatos de cuero rotos y cubiertos de fango, y una boina con una gran borla de seda negra. No traía mas armas que un largo y nudoso garrote, en el cual se apoyaba.

Irene se aproximó á él y examinó de mas cerca los rasgos de su fisonomía, y aunque una palidez mortal los velaba, aunque los sufrimientos y las privaciones habian impreso en ellos su marca destructora, pudo convencerse que era un jóven y una persona distinguida la que tenia delante.

El desconocido saludó á Irene cortesmente, y al notar su mudo exámen, un ligero encarnado coloreó sus mejillas. Tambien el infortunio tiene su pudor, y no todos pueden ó saben arrostrarlo con una frente inaccesible á las preocupaciones del mundo.

El anciano conserje, viendo que Irene y el jóven permanecían silenciosos, creyó conveniente servir de mediador entre ambos para que se entendiesen cuanto antes.

—Señorita, dijo encarándose con la segunda, este caballero es mi amo don Esteban, capitán realista é hijo de la vizcondesa.

—Caballero, contestó Irene turbada á su vez, os felicito cordialmente por vuestro feliz regreso.

El capitán inclinó la cabeza y respondióla.

—Gracias, señorita; agradezco á la Providencia el favor que me ha dispensado conservándome la vida en medio de tantos desastres y de las peligrosas heridas de que casi he sido victima; pero ¡ay! preferiría mil veces haber muerto si todavia he de encontrar cerrado el corazón y la casa de mi madre!

—¡No, caballero, no, eso es imposible! voy á prevenirla inmediatamente de vuestra llegada y confío en Dios que escuchará mis ruegos.

—Pongo en vuestras manos mi suerte y mi última esperanza... Hace mas de cinco años que mi madre no se digna contestar á ninguna de mis cartas, ni aun á la que le escribí moribundo en el hospital de Bayona; pero si vos intercedéis por mí, señorita, acaso deponga su enojo y me abra sus brazos!

Irene voló al gabinete de la vizcondesa que se encontraba sola, y la dijo sin rodeos:

—Señora, un capitán del ejército carlista, enfermo y postrado por un largo viaje, pide hospitalidad por esta noche.

La viuda se estremeció involuntariamente y procurando dominar su emoción contestó:

—Y bien... haz preparar el cuarto inmediato á la antecámara... y disponed que le sirvan buena cena.

—¡Cuánto os lo agradecerá!... el pobre parece tan rendido, tan triste y desalentado... viene tan pobremente vestido que da compasión el mirarle.

—¿Y de dónde viene?

—De la frontera francesa, ó mejor dicho, del hospital de Bayona.

Este nombre vibró en el corazón de la vizcondesa como un sacudimiento eléctrico: se puso velozmente en pie, y fija la mirada, trémulos los labios, palpitante el seno, preguntó á Irene:

—¿Es él?

—Sí, él.

—¿Mi hijo?

—¡Vuestro hijo!

La vizcondesa se dejó caer en su asiento presa de una crisis nerviosa: Su cólera, minada largo tiempo hacia por los generosos esfuerzos de Irene, se desvaneció como un relámpago; y después de un momento de indecisión y angustia, exclamó al fin, vertiendo abundantes lágrimas:

—¡Que venga, que venga!... Me muero porque no le veo, porque no le abrazo hace cinco años!... ¿Está enfermo?... yo le curaré y le salvaré... ¡que venga, que venga! ¡ya está perdonado!...

Un instante después, el capitán estaba de rodillas á sus pies, y ella le estrechaba contra su pecho con el ansia de la leona que vuelve á encontrar sus hijuelos; que alevanzador le arrebatara.

VII.

EL DOTE DE IRENE.

Al cabo de una semana Irene manifestó deseos de volver al seno de su familia, y se alejó de aquella casa donde su permanencia no le parecía ya conveniente ni necesaria.

Regresó á Madrid, y colmada de las caricias de sus padres, á quienes su virtud y ternura enorgullecían con justo título, volvió á consagrarse á sus habituales tareas, contenta de sí misma y considerándose feliz de haber contribuido á la reconciliación de Esteban y su benefactora.

Dos meses habían transcurrido sin que ningún incidente alterase la tranquila vida que disfrutaba, cuando una mañana recibió su padre por el correo la siguiente carta:

CABALLERO.

«Es imposible que ignoreis la inmensa deuda que mi familia ha contraído con la vuestra, ni todo el bien que vues-

tra excelente hija ha derramado en torno de ella, en el breve plazo que ha permanecido al lado de mi madre. Así no extrañareis que su imagen haya quedado impresa en mi corazón, y que al saber su noble y generosa conducta, un mismo pensamiento haya surgido en la mente de mi madre y en la mía. Ella desea una hija y yo una esposa, y en quién podría recaer mejor nuestra elección que en esa celestial criatura, ángel de amor y misericordia que con su bondad, con su talento y dulces virtudes nos ha reconciliado?... Yo la amo, señor, y permitid que me anticipe á deciros por escrito, lo que muy pronto tendré el honor de espresaros de viva voz, igualmente que á mi señora doña Encarnación. Yo amo á Irene y os la pido por esposa. Este es el anhelo más ardiente de mi vida, y me consideraré el más afortunado de los hombres, si logro su consentimiento y el vuestro. Cifro en este matrimonio mi felicidad, y os prometo labrar la de Irene y ser para vosotros un hijo tan respetuoso como tierno y agradecido.

«Disimulad la comisión y el poco aliño de esta carta; soy soldado y por carácter y por costumbre no sé disfrazar mis sentimientos. La frase será tosca, pero la intención y el sentimiento que la dicta es recto y leal como el corazón de vuestro afectísimo, etc.

«ESTEBAN DE BREHIOZ.»

Don Joaquín, después de haberse enterado del contenido de esta carta, habló largamente con su esposa é hija de la proposición que en ella le hacían.

En la tarde del mismo día, un coche se detuvo en la puerta de su nueva habitación, que gracias á los auxilios de Irene era más decente y estaba mejor amueblada que la de la calle del Gobernador. Un joven y una señora anciana bajaron del coche: eran la vizcondesa y el capitán.

Trabajo costó á Irene reconocer al pobre oficial carlista, enfermo y postrado por sus campañas y las penurias de un largo viaje, en el joven gallardo que se presentó acompañando á la vizcondesa. Algunos días de reposo y los cuidados de su cariñosa madre bastaron para devolverle la salud y con ella el frescor y lozanía de sus veinte y seis años.

La viuda se apoyaba en su brazo, y aunque la dicha que gozaba no había borrado del todo la nube de tristeza que los anteriores pesares esparcieron en su rostro, se adivinaba al través de su melancólica sonrisa y del placer mezclado de orgullo con que contemplaba á su hijo, que su corazón se había abierto á todas las dulces impresiones del amor maternal, y que su alegría, la paz y la felicidad habían entrado en él desde que logró estrecharle en sus brazos.

Al entrar en la modesta sala, adelantóse al encuentro de Irene y la besó en la frente con una expresión de ternura harto singular en aquella mujer tan esquiva y reservada antes. Esteban llevó á sus labios la mano de doña Encarnación y entrechó fuertemente la de su marido. Tomaron asiento, é Irene tímida y pudorosa, se refugió al lado de su madre y sin atreverse á levantar los ojos, aguardó llena de confusión el resultado de la entrevista.

—Mi señora doña Encarnación, y vos caballero, dijo al fin la vizcondesa, conocéis ya los sentimientos de mi hijo y los míos. El ha tenido ya el honor de manifestaros, y yo me complazco en repetiros ahora que los dos ciframos nues-

tra felicidad en este enlace. Sin duda, habreis reflexionado, habreis consultado á vuestra hija, y... ¿me será lícito saber cual es vuestra resolución?

—Hablad, caballero, añadió Esteban con una emoción que traicionaba su vivo anhelo; una palabra vuestra puede hacerme el mas venturoso ó el mas desgraciado de los hombres.

Don Joaquín se levantó, y tomando á su hija de la mano, contestó afectuosamente:

—Si la señorita de Garcés acepta el partido que la ofreceis, su madre y yo aprobaremos su elección.

—¡Garcés!... exclamaron á un tiempo sorprendidos Esteban y su madre. ¿No os llamais Vêlares?

—Ese es un nombre supuesto, que la desgracia, ó mejor dicho, la falsa vergüenza de mi triste posición me hizo adoptar. Gefe de sección de una de las primeras oficinas del Estado y cesante hace diez años, me vi forzado á dedicarme á las mas humildes ocupaciones, hasta la de simple copista á real el pliego, para mantener á mi familia. En este Madrid, donde el infortunio se oculta tan facilmente, logré de este modo proporcionarme trabajo, y vegetar, pobre pero feliz y resignado, hasta que una reunión de circunstancias, que no es del caso referir, me redujo á la última miseria. En esta estrechura, Irene inspirada por la prudencia, escribió á una amiga que tiene en Toledo: esta le proporcionó colocación en un colegio de niñas y... ya sabeis el resto, ya sabeis cuán valerosa y digna, se ha mostrado en los días de dolorosa prueba á que nos sujetó el Altísimo. Su trabajo nos proporcionó el bienestar y la vida; su amor, el único consuelo que nos era dado disfrutar: ella ha sido á la vez nuestro sosten, nuestro orgullo y alegría!...

El anciano contemplaba á su hija con embeleso y las lágrimas caían hilo á hilo de sus ojos.

Esteban, no menos conmovido, parecia evocar sus recuerdos, y esperaba con ansiedad que terminase su relato para interrogarle.

—Decidme, caballero, le preguntó ¿no teneis un hijo sirviendo en las tropas de la reina, que se llama...

—Eduardo Garcés, hoy capitán de infantería.

—Gracias, Dios mio, repuso el vizconde estrechando de nuevo la mano de don Joaquín. Sabed que vuestro hijo me salvó la vida en Mendigorría con peligro de la suya.

—¿Será posible!

—Después de la derrota huía yo con dos ó tres compañeros, cuando al llegar á un desfiladero caí en manos de una partida que venia en persecución nuestra. Mis compañeros fueron muertos en el acto, y á mi me aguardaba la misma suerte, cuando un bizarro oficial se precipitó con la espada desnuda entre los asesinos y descargando mandobles á diestra y siniestra, consiguió que me soltasen. Uno de ellos mas intrépido ó mas feroz, se echó el fusil á la cara é hizo fuego contra él; pero el valiente joven evitó el tiro y le tendió á sus pies de una cuchillada. Los demas, amedrentados, obedecieron y se retiraron: él les aseguró que me llevaria en persona al cuartel general, y no bien se alejaron, me acompañó á una choza inmediata, y dejándome bajo la custodia de una buena muger que prometió esconderme, se retiró sin quererme decir su nombre. Luego por una casualidad supe que se llamaba Eduardo Garcés, y que era tan valiente en el campo de batalla, como humano y generoso con los vencidos...

Calló Esteban, y todos, bajo la grata impresión del secre-

to que acababa de revelarles, se miraron enternecidos. Había allí algo de providencial, que adivinaba el corazón y comprendía la mente, sin necesidad que los labios lo expresaran.

—Y ahora, caballero, repuso la vizcondesa dirigiéndose á Garcés, ¿podrá Irene resistir á nuestro deseo? ¿Será tan cruel que nos prive de la satisfacción que tendríamos en pagar la doble deuda que mi hijo y yo hemos contraído con ella y su hermano?

—Responde, Irene, dijo con afabilidad don Joaquín. Nosotros solo anhelamos tu dicha y cualquiera que sea tu resolución, sabes de antemano que tu voluntad es la nuestra.

—Padre mio, madre mia... hablad por mí, contestó la encantadora joven cubriéndose el rostro con el pañuelo.

—Pues bien, hija mia, sé para tu esposo lo que fuiste para tus padres... Caballero, Irene es vuestra.

El capitán quiso hablar, y la voz espiró en su garganta.

—Mi hija... exclamó la vizcondesa abrazándola, llámame tu madre!

—Madre mia, murmuró Irene inclinándose respetuosamente y con el metal de voz mas dulce y seductora que ha salido jamás de los virginales labios de una muger, no, de un ángel enviado por Dios al mundo para elevarnos del lodo en que nos arrastramos hasta el trono de luz en que él se ostenta;—madre mia! ¿Sereis bastante buena y generosa para concederme, en pago del cariño y del aprecio y gratitud que os tendré siempre, el primer favor que me atrevo á pedirlos?...

—¿Puedo yo hoy negarte algo? fué la respuesta de la vizcondesa.

—En ese caso, madre mia, os ruego que perdoneis á vuestra hija... á mi hermapa Laura, á quien desearia conocer y que no puede ser mala cuando tantas veces ha implorado vuestro perdón.

La vizcondesa arqueó las cejas y vaciló un instante... en seguida tendió la mano á Irene y la dijo sonriéndose:

—Haces de mí cuanto quieres... Hé empeñado mi palabra y no me volveré atrás. Esteban, puede escribir á su hermana y convidarla de mi parte para tu boda.

Luego volvióse hácia la señora de Garcés y añadió en voz baja:

—¿Cómo se conoce la simpatía que hay entre ellos!... Esteban me habia pedido cien veces la misma gracia y se la he negado: pero ¿quién resiste á Irene?... Ella me ha enseñado á perdonar.

Irene se casó y es dichosa, muy dichosa!... Su marido, sus padres, sus deudos, y hasta los que solo la conocen, la idolatran; y bendecida de propios y extraños, recuerdan con íntima satisfacción que su sacrificio y sus virtudes proporcionan á los autores de sus dias, una vejez tranquila y que con ellas aunque carecia de riquezas ya que no de hermosura, llevó en dote á la nueva familia que la recibió en su seno, el bien mas precioso que Dios puede conceder á los individuos de un mismo linaje separados por el genio del mal, la unión, el amor y la paz! Feliz, mil veces feliz, y bendita la muger que lleva al matrimonio una dote semejante!...

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

ESTUDIOS DE VIAGES.

MOSCOU.

Como ya en artículos anteriores nos hemos ocupado algun tanto de esta hermosa capital de provincia del imperio ruso, nos contentaremos por hoy con hacer una sencilla

descripcion de tres de sus principales monumentos; la gran campana y las dos iglesias de la Asunción.

Hay en Europa muchas mas campanas célebres de lo que generalmente se cree, sobre todo cuando no se ha estudiado la historia de las campanas. Háblase mucho de la campana de Viena que tiene 10 pies de altura, 32 y dos pulgadas de



Interior de la Iglesia de la Asuncion en Kremlin.

circunferencia, y que pesa 85,400 libras; de las de Berlín, de Exfurth, de Breslau, de Schaffouse, de Strasburgo, de Toledo, etc. La China posee una que escede á todas estas, pues segun Werbisse, la campana grande de Pekin pesa 440,000 libras; pero de todas las campanas fundidas hasta el dia, la que mas pesa, y por consiguiente la mas famo-

sa, es la de Moscou, llamada *la reina de las campanas*.

En efecto, esta campana, fundida en 1733 por orden de la emperatriz Ana Ivanovna, para reemplazar á la del czar Alexis Mikailovitch, destrozada en el incendio del Kremlin en 1701, tiene 20 pies 7 pulgadas de altura por 22 pies, 8 pulgadas de diámetro, y pesa 480,000 libras. Así es que nun-

ca se la ha suspendido en un campanario. Hasta 1836 permaneció esta campana en el mismo sitio donde fué fundida 103 años antes, y en cuya posición se emprendió la obra de cincelar las esculturas no terminadas que la adornan. Hacia 1737 se hicieron grandes preparativos para tratar de subirla á un campanario que debía construirse en el mismo sitio que ocupaba la monstruosa campana; pero cuando iba á ejecutarse este proyecto estalló un terrible incen-

dio que devorando una parte de la ciudad se comunicó al andamio y construcciones de madera que rodeaban la campana, siendo entonces cuando por efecto sin duda de la violencia del fuego y del enorme peso que sobre ella se desplomara, debió sufrir la fractura que se advierte en uno de sus lados, cuyo pedazo se conserva tambien.

Los emperadores Pablo y Alejandro tuvieron la idea de embellecer el Kremlin con la reina de las campanas, ya



Iglesia de la Asuncion en Pokrofsk.

inútil para otro objeto, pero no llegó á realizarse este proyecto. Posteriormente el emperador Nicolás pensó en hacerla componer y construirla un campanario; mas habiendo conocido luego que esto era imposible, ordenó á Mr. de Monsferran, arquitecto francés, que la sacara del sitio donde se hallaba, y la colocase sobre un pedestal, cerca de la torre de Ivan-Veliki, lo cual se verificó el 23 de julio de 1836,

Tomo x.

en presencia del gobernador general, de los individuos de la comision de monumentos y de una inmensa concurrencia que acudió á la ceremonia de la colocacion que duró tres cuartos de hora.

En el mismo recinto del Kremlin donde se encuentra hoy la reina de las campanas, el viagero curioso debe visitar la catedral de la Asuncion, cuyo interior representa

ano de nuestros grabados, la primera iglesia de piedra edificada en Moscou. Su nave es estrecha y sombría; su bóveda está sostenida por cuatro enormes pilares que ocupan casi la tercera parte de la iglesia, y pilares, bóveda y muros se hallan cubiertos de alto á bajo por excelentes pinturas al fresco, representando, en forma gigantesca, figuras de santos y de apóstoles con mantos de púrpura y aureolas de oro. El *iconostasio*, esto es, la verja que separa el santuario del resto de la iglesia y que se eleva hasta la bóveda, es semejante á una de esas murallas fabulosas de que hablan los poetas orientales, una muralla de plata sobredorada cubierta de imágenes cinceladas, deslumbrantes de pedrerías. A la derecha de las puertas, que se abren hácia el centro del iconostasio, llamadas las puertas reales, hay una imagen de San Juan, pintada, segun se dice, por el emperador griego Manuel; á la izquierda se admira una venerada imagen de la Virgen, que entre los adornos de su cabeza ostenta dos magníficos brillantes de un excesivo valor. Pero mas precioso á los ojos del pueblo ruso que todas las pinturas, alhajas y piedras preciosas, son las reliquias guardadas en las urnas que se encuentra por do quiera. Las hay para toda clase de devociones, y todos los accidentes de la vida, desde la túnica de Nuestro Señor Jesucristo, cuya autenticidad nadie pone en duda, hasta los mas pequeños huesos de santos que curan diversas enfermedades. Un sacristan va enseñando á los fieles las que tienen mas eficacia, y estos se santiguan á cada paso delante de aquellos trabajos de la fé, imprimen en ellos un ósculo piadoso, y se dirigen á otra capilla llena igualmente de obras religiosas; allí se santiguan de nuevo, se prosternan con humildad, inclinan la cara contra el suelo, y luego se acercan á un fraile que está de pie delante del altar, el cual les da á besar su mano derecha, la que, segun dicen, ha cuidado antes de impregnar en buenos perfumes á fin de alhagar el olfato de los respetables creyentes....

En esta iglesia es en donde se entierra á los metropolitanos y corona á los emperadores.

Ademas de la que acabamos de describir, Moscou posee otra iglesia de la Asuncion situada en Pakrofska, uno de sus arrabales. Fué construida en el reinado de Boris Godounoff á principios del siglo XVII, y su arquitectura ofrece una mezcla de italiana y morisca que no carece de elegancia y ligereza aun cuando edificada de ladrillos estucados. Su aspecto, sin embargo, difiere completamente de las demas iglesias de Moscou, por cuya razon nos ha parecido conveniente ofrecer á nuestros lectores el grabado que la representa.

EFEMERIDES HISTÓRICAS.

(3 de junio de 1560.)

ENTREVISTA DE FELIPE IV Y LUIS XIV EN LA ISLA DE LAS CONFERENCIAS.

La isla de las Conferencias era conocida en otro tiempo bajo el nombre de la isla de los Faisanes. En 1659, á consecuencia del célebre tratado de los Pirineos, concluido des-

pues de veinte y cinco conferencias celebradas en este parage entre el cardenal Mazarino, ministro de Luis XIV y don Luis de Haro, ministro de Felipe IV, cambió de nombre y tomó el que lleva en el día, en memoria de este tratado y de las conferencias á que dió motivo. Situada en el Bidasoa, rio que separa á Francia de España, entre Fuenterrabía y Andaya, es á la vez francesa y española, y por esta razon fué escogida por ambas naciones para lugar de conferencias de sus plenipotenciarios.

La cláusula mas importante del tratado de los Pirineos era el casamiento del joven Luis XIV con la infanta de España doña María Teresa, hija de Felipe IV. La isla de las Conferencias fué tambien elegida para la ejecucion de esta cláusula; es decir, se decretó que sobre este terreno, comun á las dos monarquías, el rey de Francia recibiría á su esposa de manos del rey de España. En cuanto al casamiento debia probablemente verificarse por poderes.

Con efecto, el 3 de junio de 1560, la infanta Maria Teresa se casó en presencia de los principales señores de la corte de Francia, con don Luis de Haro, en nombre de Luis XIV, que la etiqueta detenía durante este tiempo á algunas leguas de allí en la misma frontera. Pero á la mañana siguiente, una flotilla compuesta de lanchas cubiertas y ricamente empavesadas, conducía á Felipe IV y á la nueva reina á la isla de las Conferencias. Luis XIV por su parte, fué á este sitio acompañado de Ana de Austria, su madre, del cardenal Mazarino, de Turenna, de los duques de Grammont, de Crequi, de Villeroy, y de todos los mas esclarecidos señores y altos dignatarios de la monarquía.

Entonces se efectuó una solemne entrevista entre los dos soberanos, quienes, arrodillados y con la mano puesta sobre los Evangelios, confirmaron mutuamente, por un juramento pronunciado en alta voz, el tratado de paz cuya prenda era la infanta Maria Teresa. Luego se abrazaron y se juraron una amistad eterna. En seguida tuvo efecto la presentacion reciproca de todos los señores franceses y grandes de España que habian asistido á la ceremonia. Felipe IV, dicen, que cuando vió á Turenna no pudo menos de sonreír tristemente.

— ¡Cuántas malas noches me ha hecho pasar! dijo.

Efectivamente, preciso es confesar que las consecutivas victorias de este guerrero obligaron á Felipe IV á celebrar este tratado, y por el cual perdía muchas provincias y algunas plazas fuertes, entre las cuales mencionaremos Gravelinas, Landrey, El Quesnoy, Thionville, Marienburgo, y Philippeville.

El joven rey de Francia, en su impaciencia por conocer aquella con quien iba á dividir su corona, no esperó el momento oficial para verla. Algunos dias antes, fué preciso, aun cuando el ceremonial formalmente convenido entre ambos Estados se oponía á ello, que se tuviese una especie de entrevista secreta. Generalmente los historiadores se estienden más sobre esta entrevista, que sobre la solemne que se siguió; y á la verdad, puede decirse que no fué la menos importante ni la menos curiosa. Bajo pretexto de una conversacion particular, Ana de Austria y Felipe IV pasaron á la isla; el rey católico, acompañado de la infanta y de don Luis de Haro; la reina, seguida de Mazarino y de algunas damas de honor.

El lugar de la entrevista era el salon construido en otro tiempo para las conferencias de los dos plenipotenciarios de España y Francia. Ahora bien, este salon era la mitad espa-

ñol y la otra mitad francés, es decir, que ocupaba precisamente el centro de la isla. Felipe IV y Ana de Austria se sentaron juntos sobre la línea que separaba los dos reinos, y durante la conversacion de ambas magestades, el cardenal Mazarino, que hablaba con don Luis, se levantó y entreabrió la puerta de manera que diera toda la libertad posible á la indiscrecion del jóven Luis, quien viendo satisfecha su curiosidad, se retiró y se apostó luego en la márgen del rio para ver otra vez á la infanta en el momento del embarque.

Acuñóse una medalla en ocasion de la entrevista solemne de Felipe IV y de Luis XIV en la isla de las Conferencias.

B.***

ESTUDIOS DE VIAGES.

SUMATRA.

La isla de Sumatra forma parte del gran archipiélago asiático y está separada de Java por el estrecho de Sonda. Es una comarca digna de estudio, aunque no sea mas que por las riquezas que atesora en una estension de mil cincuenta millas marítimas por ciento sesenta y cinco de ancho.

La línea equinoccial divide á Sumatra en dos porciones iguales; y aun cuando en el ecuador son muy frecuentes las turbonadas y los chubascos blancos, cargados de exalaciones eléctricas, la temperatura en general es benigna en Sumatra, merced á las brisas marítimas y á los terrales refrigerados por la proximidad de las montañas. Estas son elevadísimas y de carácter plutónico, como las de Singapur, que describimos en otro artículo, y como son casi todas las de esa parte de mundo descubierto para confusion de la ciencia, que no acierta á dar con el origen de las razas acampadas sobre los despojos volcánicos de un continente desconocido.

En el orden mineralógico, Sumatra cuenta excelentes y antiguas minas de oro, hierro, cobre, estaño y azufre. Este último se encuentra formando masas considerables á la proximidad de los volcanes de *Kosumbra*, *Berapi* y *Dembo*, y á las faldas del monte *Ophir*, que tiene dos mil ciento sesenta y seis toesas de elevacion. El salitre y la piedra pómez son tan generales como el azufre. Los indios no sacan la utilidad que debieran de las minas de Sumatra, porque desconocen los medios de explotacion.

En el orden natural son muy preciosas las producciones de Sumatra. Allí se encuentra el árbol que da la goma elástica, el del añil y otra multitud de plantas, que no tienen nombre en Europa. El árbol del alcanfor es superior en mérito á los mejores del Japon, en tal manera, que los chinos vienen á cargar á Sumatra á un precio relativamente excesivo, si se considera lo que les cuesta el mismo artículo en el Japon. También se encuentra en Sumatra aquel famoso *puhumpa*, del que tantas fábulas nos cuentan algunos viajeros. El *puhumpa* contiene á la verdad un veneno mortífero; pero el árbol no quita la vida como se pretende, con solo acercarse á él; por el contrario, no solo los viajeros se sientan á su sombra sin peligro, sino que las aves de los trópicos se mecen impunemente sobre sus ramas.

No ha sido posible averiguar por qué siendo Sumatra una isla cercada de agua, tiene tantas especies de animales feroces, que no se ven en otras islas. En efecto, es de creer que los tigres, los hipopótamos, los elefantes y los rinocerontes no habrán ido á poblar la isla á bordo de embarcaciones fabricadas por ellos mismos, y sin embargo, se encuentran en Sumatra en crecidas tropas; siendo de notar, que se han cazado tigres cuya frente tenía diez y nueve pulgadas de latitud (lo que prueba su monstruosidad) y que los rinocerontes, no obstante lo raros que se han ido haciendo en el mundo, existen en Sumatra tal y como los pintan las obras de los naturalistas. La familia de los monos es numerosa. También se han visto *orang-outangs* de proporciones colosales.

No hace muchos años que la tripulacion de un buque inglés mató un *orang-outang* colosal en las costas de Sumatra. Cuando lo divisaron en el bosque, presentaba la forma de un gigante cubierto de un vello pardo y reluciente: caminaba en dos pies; pero á veces se inclinaba hácia el suelo, y entonces se valía de sus manos y aun del apoyo de una rama. Al verse atacado de repente, desplegó una fuerza y agilidad prodigiosas, en términos que no sucumbió hasta despues de haber recibido multitud de heridas. Según la descripcion que hace un periódico inglés, la estatura del *orang-outang* era de siete pies, su cuerpo bastante proporcionado, el pecho ancho y consistente, la cintura delgada; pendía de su rostro una larga barba, y sus brazos eran largos á proporcion de la estatura y comparativamente con los del hombre, á quien tanto se asemejaba. Por el estado de los dientes se infirió que era jóven. También se observó que su cabeza tenía mayor volumen cerebral que todas las de á bordo. ¡Qué hallazgo de tanto precio para los frenólogos!

Concluiremos esta breve esposicion de las riquezas zoológicas de Sumatra, diciendo que en sus aguas se encuentra el *dudong*, grande animal de la familia de los mamíferos, el único que se ha conocido de esta clase por habitar en el fondo del agua y carecer de piernas. La mosca de fuego, cuya luz es tan brillante, y las hormigas encarnadas tan inteligentes como activas en el combate, terminan el cuadro de esa rica naturaleza oriental, donde Dios ha derramado con mano pródiga todos sus dones, en compensacion de la cultura de que se hallan privados sus habitantes.

El gobierno de Sumatra es el de la mayor parte de las tribus malayas: tiende al régimen feudal y á la autoridad patriarcal. La soberanía es hereditaria, aunque algunas veces recae en el hijo menor, si se le considera mas capaz que el mayor de gobernar el Estado. El sultan reside en *Achem*, capital de un antiguo reino situado en la estremidad septentrional de Sumatra. Ejerce el monopolio del comercio con los extranjeros, y cobra un derecho de aduanas de doce á quince por ciento. A esto vienen á estar reducidas todas sus rentas, si se exceptúan los casos en que despoja de sus bienes á sus vasallos, que entonces cobra de todos y por todos lo que produce la isla.

Los habitantes de Sumatra son altos, bien formados, robustos y en lo general de origen malayo. Hay, sin embargo, alguna mezcla de *battas khumbias* y *redjanos*. También se encuentran algunas tribus de *kiabs* y *karrans*. ¿Quiénes fueron entretanto los primitivos dominadores de la isla? ¿De dónde vinieron esas razas indianas, que no se ven en Singa-

pore (dividido de Sumatra por el estrecho de Malaca), ni en Java, ni en Borneo, ni en Célebes, ni en otras comarcas de la Oceanía? Esto es lo que la ciencia de los europeos trabaja por inquirir á toda costa sin resultados plausibles. El idioma mas general de la isla es el malayo; que los habitantes escriben con caracteres árabes. Atendida la significacion de la palabra malayo, que quiere decir *gente que viene de lejos*, se infiere que los maleses han sido los invasores y dominadores de la parte del archipiélago oceánico que ocupan en la actualidad, en medio de una confusa mezcla de razas al parecer indígenas, porque ellas son las que viven en los montes y en los bosques en estado salvaje.

Los *battas* escriben su lengua en un alfabeto particular, y ofrecen el mas extraño conjunto de costumbres pacíficas y de hábitos salvajes. Tienen un código de leyes de la mas remota antigüedad, y son antropófagos por respeto á las instituciones de sus antepasados. Este código, segun las notas de una publicacion inglesa que tenemos á la vista, condena á ser comidos vivos:

- 1.º A los que se hacen culpables de adulterio.
- 2.º A los que cometen robo en medio de la noche.
- 3.º A los prisioneros de guerra.
- 4.º A los que se casan siendo de la misma tribu, porque se cree que descenden de unos mismos padres.
- 5.º A los que atacan á traicion á sus compatriotas.

Todo el que comete alguno de estos crímenes es juzgado por un tribunal de ancianos. Determinado el día del suplicio, se conduce al reo atado á un madero con los brazos estendidos. El marido, ó la parte ofendida, se adelanta y escoge el primer trozo del reo, que por lo regular son las orejas: en seguida llegan los demás por su orden, y cortan con sus propias manos los pedazos de carne que mas les agradan. Luego que cada cual ha tomado su parte, el jefe de la tribu se adelanta hácia la víctima, le corta la cabeza y la cuelga á la puerta de su cabaña. El corazon, las palmas de las manos y las plantas de los pies pasan por ser los bocados mas esquisitos. Los *battas* comen la carne del criminal, unas veces cruda, otras asada, pero siempre en el lugar del suplicio: acostumbran á sazónarla con limon, sal y pimienta. No se bebe vino, ni de coco ni de palma en estos odiosos banquetes; pero algunos aficionados suelen llevar cañas huecas, que llenan de sangre, y hacen con ella frecuentes libaciones.

El suplicio es público, y asisten los hombres solamente; pero se asegura que los maridos acostumbran á guardar á sus mugeres los bocados mas delicados, para indemnizarlas de la privacion que sufren no asistiendo al espectáculo.

Los *battas* acostumbran á comerse tambien á sus parientes cuando estos no pueden trabajar por su mucha edad. El anciano que se halla en este caso elige una rama de árbol, y se cuelga de ella agarrándose con las manos. Sus hijos, parientes y vecinos, bailan al rededor cantando el estribillo: *Cuando la fruta está madura es preciso que caiga*. Luego que la víctima se cansa y no puede sostenerse cae al suelo, viéndose al punto rodeada por los concurrentes, que la despedazan y devoran á su sabor. Se ha calculado que el término medio de las personas comidas por los *battas* en tiempo de paz, asciende á un sesenta por ciento al año.

Los *redjanos* no son antropófagos como sus vecinos los *battas*; pero hablan tambien una lengua especial, y viven

en tribus separadas, no dejando de ser extrañas las maneras que tienen de celebrar el matrimonio. Unas veces el marido compra, por ejemplo, á la muger, dando una suma conveniente, y ella queda su esposa ó su esclava: el marido como dueño puede disponer de su muger y venderla. Otras veces el marido es adoptado por el padre de la novia: trabaja para él; como sucede en Filipinas, y ambos, marido y muger, se constituyen bajo la potestad del suegro con los hijos que nacen del matrimonio, y que vienen á ser propiedad del jefe de la familia. En algunos casos, y estos son los mas raros, el marido da y recibe; la muger es igual á su esposo y ambos trabajan unidos por aumentar los ganancias, á manera de lo que acontece en Europa. Por desgracia la civilizacion moderna no ha podido vencer el imperio de ciertos hábitos salvajes, y tiene que consentir que los indios de la Oceanía rindan culto á las tradiciones feroces ó egoistas de sus abuelos, sepultados como ellos en el abismo de la mas crasa ignorancia.

Los malayos constituyen en Sumatra la parte mas elegante y civilizada de las razas asiáticas. Hemos hecho una imperfecta descripcion de sus costumbres en los artículos de *Lomboch* y *Singapore*, donde nuestros lectores pueden ver si les inspira curiosidad el boceto mal comprendido de esa familia errante, que puebla diferentes comarcas del Nueyo Mundo; hallándose con especialidad diseminada por la Malesia, el Indostan y el imperio desmoronado de los birmanes.

Se ha dicho con referencia á algunos viajeros, que los habitantes de Sumatra tienen mucho respeto á la justicia, en términos que un criminal cualquiera detenido por una muger ó por un niño, permanece inmóvil y no trata de escaparse. Nosotros podemos asegurar, que los delinquentes de Sumatra tienen muy buenas piernas, y saben, cuando llega el caso, hacer uso de ellas como el mejor truhan de esta parte del globo. El castigo ordinario por una falta leve entre los *redjanos* se reduce á una paliza dada en público por los apaleadores asalariados. Despues de la ejecucion la concurrencia se retira á sus cabañas, sin que sea fácil distinguir al culpable de sus acusadores, porque no se oyen quejas, ni reconvenções, ni amenazas de ningun género. En Sumatra, la paciencia es una virtud indígena de tanto valor por lo menos como la hipocresia.

El tribunal de justicia, compuesto de varios indios con trage natural, esto es, en cueros, se reúne varias veces á la semana para examinar las causas pendientes. Los juicios son verbales y ejecutivos: el delincuente es interrogado por sus jueces, y á la cuarta ó quinta pregunta se dá el proceso por terminado, llamando en seguida al ejecutor para que allí mismo se ocupe en descargar unos cuantos garrotaños sobre las costillas del reo, á quien se permite la facultad de entrar en negociaciones con el verdugo para mitigar el rigor de la sentencia. Hemos leído con este motivo la narracion de un viajero que fué testigo presencial del hecho siguiente.

Se trataba de un caballero salvaje, que habia tenido la impúdica osadia de fijar su vista sobre los desnudos encantos de la muger de su vecino, en tanto que esta se recreaba en lavar su cuerpo. La india, que sin duda ninguna debia ser fea y contrahecha, y presumida por añadidura, puso el grito en el cielo y se quejó á su esposo, escitándole á prender al criminal y entregarlo á la justicia. El hecho tuvo

lugar como lo deseaba la sorprendida Diana, y el pobre observador fué condenado á sufrir cuarenta garrotazos con un bejuco de dos pulgadas de diámetro. Pronunciada la sentencia, hicieron corro los espectadores, entre los cuales se hallaba el matrimonio querellante, y el verdugo se apoderó de su víctima enarbolando el funesto bejuco. Aquel era el instante de entrar en capitulaciones para evitar la paliza: el reo ofreció diez *mases*: el ejecutor pidió cuarenta, y como viera vacilante á su víctima, descargó sobre ella tan tremendo garrotazo, que el convenio quedó cerrado incontinenti por los cuarenta *mases*. La sentencia no dejó por eso de ejecutarse; pero lo fue con tanta dulzura y suavidad, que el bejuco apenas tocaba la espalda del paciente. Este suceso tenia lugar en presencia de los jueces, quienes lejos

de incomodarse por ello, aplaudían muy de veras la destreza y finura del apaleador de oficio. El reo quedó libre después de la ejecución, y fué á mezclarse con los espectadores para presenciar el resultado de otras causas.

La corte de *Achem* no es menos ejecutiva y sanguinaria que los tribunales de la isla. Se asegura que el sultán cabelludo de Sumatra no deja pasar día sin celebrarlo con una ejecución; siendo de notar la crueldad de la cólera sultánica, que se entretiene en cortar al reo los dedos de las manos y de los pies, en arrancarle los ojos, las uñas, los dientes y las orejas; en arrancarle pedazos de carne y á veces miembros enteros. Los ejecutores *acheneses*, como los de los otros pueblos, preguntan á los culpables cuánto dan por ver saltar su nariz de un solo corte, por jugar á los bolos



Is'la de Sumatra.

con sus pupilas, y si la sentencia es capital, por recibir la muerte sin dar el menor gruñido. El contrato se celebra á la vista de los espectadores, y el dinero se entrega sobre la marcha en manos del verdugo. Si dá la casualidad de que el reo es pobre, ó que prefiere el dinero á una mutilación hecha con arte, se espone de seguro á que al cortarle la nariz le descubran los sesos, ó á que le lleven los carrillos al tiempo de arrancarle las orejas.

Lo singular de estas bárbaras ejecuciones, es que rara vez son mortales, ni aun á la edad mas avanzada. El paciente mete en agua la parte mutilada, oculta la herida con una venda, y sin otro remedio se presenta á los pocos días, dispuesto á matar impunemente al que por desgracia le hubiese hecho la menor alusión á su castigo.

En Sumatra no infama la mano del verdugo, ni es vergonzoso sufrir los rigores de la justicia por crímenes verdaderos, ó por caprichos artísticos, como los del indio observador de los encantos cobrizos de su vecina.

Lo único que se infiere de esta manera ejemplar de hacer justicia en Sumatra, es que el verdugo debe ser allí el primer potentado de la isla, sin exceptuar al sultán, cuya distracción principal consiste, como ya hemos dicho, en asolar algunas veces á manera de langosta las cosechas de sus vasallos cuando visita las rancherías. Los indios reciben á su jefe con alegría exagerada, cuando en el fondo anhelan su destrucción; siendo tanto el temor que tienen á la cólera sultánica y á las relaciones que puedan hacer sus vecinos ó los testigos de sus imprudentes desahogos, que



por prevenir los efectos de aquella, se convierten en delatores, y acusan á sus hijos ó á sus hermanos, si creen librar por este medio sus narices, sus orejas y sus ojos del filo de los *criks* mercenarios. Si alguno acrimina á los indios por esta manera inusitada de comprender su seguridad y sus deberes morales, contestan con hipócrita mansedumbre: *que Dios está lejos y el sultan se halla siempre cerca.*

Los indios de Sumatra son por lo general mahometanos, y fingen un celo escesivo por su religion, que se halla adulterada por el rito que han introducido los apóstoles depositarios de la tradicion de un antiguo continente. Tienen apego á las supersticiones del gentilismo mas que á las doctrinas del Profeta. De aqui el que la religion de Mahoma sea un punto de controversia general en Sumatra. Las razas tan nobles como el hombre, y dicen de los monos, que *no hablan por no pagar tributo.* Creen que el sol y la luna son unos gigantes invencibles, cuya voz potente se deja oír en las grandes tormentas. Tienen idolos para todos los vicios y virtudes, de manera que no es extraño verlos agrupados á millares en los mercados públicos. En las procesiones, que son famosas por su mucha duracion y por el concurso que á ellas asiste, lleva cada indio su idolo favorito, y baila acompañándose con un canto monoton y uniforme, que entonan todos juntos ó por secciones mas ó menos numerosas, segun es de grande la concurrencia.

Los indios de Sumatra son sóbrios naturalmente: el arroz cocido con agua (*morisqueta*) forma su principal alimento: los ricos suelen añadir algun pescado ahumado, ú hortalizas de mala calidad. Es necesario ser un potentado escéntrico para comer pollo, gallina ó búfalo de los que tanto abundan en la Malesia. Los *acheneses* prefieren las *patacas* españolas y las *rupias* inglesas, al momentáneo placer que pueden recibir de un plato suculento.

La isla de Sumatra fué cedida á los holandeses por la nacion inglesa en 1824, en cambio de algunos establecimientos que aquellos poseian en el continente indiano. Hay que distinguir, sin embargo, en esta isla la parte independiente de la parte holandesa. Nosotros hemos hecho abstraccion de la segunda, porque ningun interés tiene para los europeos una colonia, donde la civilizacion ha hecho desaparecer todo sintoma característico de nacionalidad. El que haya visto á Batavia, Singapore ó Manila sabe desde luego lo que es *Padang*, residencia del gobierno holandés de Sumatra, y lo que son todas las factorías del antiguo y nuevo mundo. Por eso nosotros hemos dirigido el rumbo de nuestra nave hácia el reino independiente de *Achem*, hácia *Pedir*, *Siak* y *Batak*, morada de antropófagos canibales, porque al menos en estos antros salvajes hallamos una naturaleza virgen, fecundada solamente por la mano de Dios.

Recomendamos á los que naveguen con monzon favorable por los estrechos de Malaca y de Sonda, que si pueden aprovechar una calma, de las que son tan frecuentes en los mares tropicales, visiten la isla de Sumatra, guardándose de las tormentas, que están como vinculadas en las costas, y estamos seguros de que no han de enojarse de la visita, siquiera no vean otra cosa que un bosque de cocoteros, una ranchería de *battas*, ó un grupo de elefantes gigantes de pura sangre asiática.

F. SEPULVEDA.

LAS DIEZ TRABAJADORAS DE LA TIA SANTOÑA.

Ya ha comenzado el invierno en la cabaña de Santiago; despues de las faenas del dia, toda la familia forma círculo ante el hogar, y algunos vecinos acuden allí tambien, porque en los solitarios valles de Asturias, los vecinos tienen costumbres patriarcales, y se conceptuan como parientes; se redoblan las intimidades; el calor que despide la hoguera reanima á los concurrentes y dan principio las confidencias; la sinceridad de los corazones encuentra allí su mas digna residencia, y la verdad es la señora que impera y formula aquellos nocturnos diálogos.

El tio Prudencio viene de vez en cuando á tomar parte en estas conversaciones, á pesar de la distancia que lo separa de la cabaña de Santiago, y todos se alegran de su llegada, pues el tio Prudencio es el que sabe mas cuentos en toda la montaña y el que los trasmite á sus oyentes con mas donaire. Sabe, no solo lo que contaban sus abuelos, sino lo que dicen los libros; conoce el origen de cada cabaña, y la historia de las familias mas antiguas de aquellas cercanías; sabe de memoria los nombres de las grandes piedras cubiertas de musgo que sobresalen en las alturas como columnas ó como altares; el tio Prudencio es en fin la tradicion del pais y su ciencia.

Su estatura es mediana, mas bien grueso que delgado: á sus palabras acompaña siempre una sonrisa agradable que contribuye á que simpatice con todo el que le hable. Se distingue por su carácter naturalmente pacífico, y por los sentimientos que abriga en su corazon. Socorre mucho á los pobres, da saludables consejos á los ha menester. Si hay en el pueblo algun disgusto matrimonial, y el tio Prudencio lo sabe, acude allí presuroso, y su voz es respetada, y no se aleja de aquel domicilio sin haber logrado que los insurgentes cónyuges se den las manos. Los jóvenes le respetan, los niños le acarician, y los ancianos se enorgullecen con su amistad.

Es un sabio; ha aprendido á leer en los corazones, y es raro cuando no descubre la causa del mal que los atormenta. Ademas de todo esto, conoce remedios eficaces para muchas clases de enfermedades, y por esta razon la voz pública le ha dado el nombre de *el buen Prudencio*.

Hacia ya mucho tiempo que no parecia por la cabaña de Santiago, y por eso cuando le vieron entrar todos se alegraron extraordinariamente. Le han dado la mejor silla y el mejor sitio, y todos le han rodeado. Santiago ha picado un cigarro, le ha encendido y se ha sentado en frente del tio Prudencio.

Este ha preguntado por la salud de todos; ha querido saber cómo iba el maíz, la cebada, la patata, los nabos, si las gallinas ponian mucho, y si la vaca (*la vacuina*) tenia leche abundante, y á todo le han respondido satisfactoriamente. Marcela, la hija de Santiago está triste; se acuerda que el domingo anterior bailó en la aldea inmediata, y se paseó por las montañas con otras zagalas de su edad, y que rieron mucho, y que bebieron agua en una fuente; y por este motivo Marcela deja de hilar, cruza los brazos é inclina su preciosa cabeza mientras que la imaginacion vaga por otro lado.

En tanto que las demas mugeres trabajan, la linda Marcela está sentada delante del torno que no da vueltas,

y sus dedos distraídos juegan con el hilo que pende de sus rodillas.

El buen Prudencio lo ha estado observando todo con el raballo del ojo, pero sin decir una palabra, pues sabia por la experiencia, que los consejos son como las medicinas amargas que se dan á los niños, que para que las tomen es menester buscar una ocasion oportuna.

—Tío Prudencio, un cuento, un cuento!

El labriego sonrió al par que dirigia una mirada casi maliciosa hácia la distraída Marcela.

—Es decir, que es necesario pagar el hospedage, dijo Prudencio; pues bien, se cumplirán vuestros deseos. La última vez que nos vimos, os hablé de los remotos tiempos en que los ejércitos paganos talaban nuestras montañas; era una relacion histórica para los hombres de buen seso, hoy hablaré (sin que esto sirva de agravio) para las mugeres, y para los niños. Es preciso que á cada cual le llegue su turno. Antes nos habíamos ocupado de César, hoy hablaremos de la *tía Santoña*.

Los circunstantes lanzaron una estrepitosa carcajada; se estrechó mas el círculo, Santiago reanimó la lumbre, la madre de Marcela atizó el candel, y el tío Prudencio se espresó de la siguiente manera:

«Este cuento, amigos míos, no pertenece al número de aquellos de pura invencion; pues la aventura de que vamos á ocuparnos sucedió á mi abuela Petra, á la que Santiago ha conocido, y que era una excelente muger.

«La tía Petra habia sido jóven tambien en su tiempo, y aseguraban sus contemporáneos, que ninguna chica del lugar habia tenido una cara tan bonita como la suya, ni un humor mas inclinado á la alegría.

«Desgraciadamente, Petra habia quedado sola con su padre, dirigiendo una casa con mas deudas que rentas: aun que habia mucho que trabajar, la pobre muchacha parece que no habia nacido para estos cuidados, y desalentándose, no hacia nada, para buscar el medio mejor de hacerlo todo.

«Cierta dia que se hallaba sentada frente de la puerta con los brazos cruzados y algo pensativa, comenzó á decir en voz baja:

«Dios me perdone; pero la tarea que se me ha impuesto, no es para ninguna cristiana, y es desesperante que yo sea sola para todo, y que me encuentre atormentada á mi edad con tantos cuidados. Aun cuando fuese mas ligera que el sol, mas diligente que el agua, y mas fuerte que el fuego, no podria acabar el trabajo de mi casa. ¡Ah! ¿por qué no viene en mi ayuda la tía Santoña, esa buena bruja? Si ella pudiera escucharme, y quisiera socorrerme me hallaria mas descargada de trabajo.

—¡Sea cumplido tu deseo; hémé aquí! interrumpió una voz.

«Y Petra se vió delante de la tía Santoña que la miraba apoyada sobre su nudoso palo.

«Al principio, la muchacha tuvo miedo, pues la bruja llevaba un traje que no estaba en uso en el país, y además era tan fea, tan vieja, y estaba tan arrugada, que aunque tuviera un millón de dote nunca hubiera podido encontrar un marido.

«Sin embargo, Petra se tranquilizó pronto para preguntar á la bruja Santoña lo que podía hacer en servicio suyo.

—«Soy yo la que vengo á ponerme á tus órdenes, replicó la vieja; he oido tu queja, y tengo medios de consolarte.

—«¡Ah! ¿Hablais de veras, buena muger? exclamó Petra que ya se habia familiarizado con la bruja; ¿venis tal vez para darme un pedazo de vuestra vara de virtud con la cual pueda hacer pronto mi trabajo?

—«Otra cosa mejor, respondió la tía Santoña; yo te traigo diez oficiales, que ejecutarán todo cuanto quieras mandarlas.

—«¿Dónde están? exclamó Petra.

—«Vas á verlas.

«La anciana entreabrió su larga mantilla, y dejó salir diez manos de un tamaño desigual.

«Las dos primeras eran muy cortas; pero anchas y robustas.

—«Estas, dijo la bruja, son las mas vigorosas; te ayudarán en todos los trabajos, y te darán de fuerza lo que les falte de destreza. Estas que ves y que las siguen son mas grandes, mas derechas, saben sacar el lino del huso, y vencerán todas las dificultades de la casa. Sus hermanas, cuya elevada estatura puedes observar, son muy hábiles en manejar la aguja, como lo prueba el dedalito de cobre con que las he adornado. He aquí otras dos menos sabias, pero que sirven para ayudar á las otras. Te parecerán poca cosa estas diez obreras, pero cuando las veas trabajar las juzgarás mas favorablemente.

«A estas palabras la anciana hizo una señal y se distribuyeron las diez manos. Petra las vió ejecutar los trabajos mas rudos y los mas delicados. Encantada, lanzó un grito de alegría, y abrazó á la bruja.

—«¡Ah! tía Santoña, exclamó, dadme esas diez valientes trabajadoras, ¡y no pediré mas al que ha creado el mundo!

—«Voy á hacer otra cosa mejor, replicó la bruja; te las doy; pero como no podrás llevarlas á todas partes sin que te acusen de hechicera, voy á disponer que todas se disminuyan y se oculten en tus diez dedos.

«Cuando esto fué ejecutado:

—«Ya sabes el tesoro que posees, dijo la tía Santoña; todo va á depender ahora del uso que hagas de tus subordinadas; si no sabes gobernarlas, si las dejas ociosas, no obtendrás ventaja alguna; pero dásles una buena direccion á fin de que no se entreguen á la pereza; no tengas nunca tus dedos en reposo, y el trabajo que tengas preparado le verás hecho como por encanto.

«La bruja habia dicho la verdad, y Petra, que siguió sus consejos, consiguió, no solo llevar á cumplido término el trabajo de su casa, sino que supo ganarse un dote con lo cual se casó dichosamente, y pudo educar á sus ocho hijos cómodamente y honradamente. Luego Petra propagó este suceso y todas las madres de familia deseando tener otras diez trabajadoras preguntaron á Petra la manera de obtenerlas; y por eso tenemos la costumbre de decir en Asturias, que en el movimiento de los diez dedos está toda la prosperidad, toda la alegría y todo el bienestar de la casa.»

Al pronuntiar estas últimas palabras, el buen Prudencio se habia dirigido á Marcela. La jóven se puso encarnada, bajó los ojos y comenzó á hilar.

Santiago y Prudencio se miraron con cierta intencion.

Toda la familia reflexionaba la historia del buen Pru-

dencio; todos procuraron penetrar el verdadero sentido de ella, y se aplicaron la leccion; pero la linda Marcela lo habia comprendido todo antes que nadie, y volvió á su rostro la alegría. La rueda del torno daba vueltas con estremada rapidez, y el lino desaparecía del huso.

B**

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL DINOTERIO GIGANTE.

(ANIMALES FÓSILES.)

En el mes de junio de 1836, se encontró cerca de Apfelsheim, en el gran ducado de Hesse-Darmstadt, en una zanja de veinte pies de profundidad, la cabeza de un animal que no pudo referirse á ninguna de las especies, ni

aun á ninguno de los géneros existentes en la actualidad

Se encontró un húmero ó hueso del brazo, dos falanges, y se descubrió además un omóplato. Esta cabeza estaba armada de dos grandes defensas colocadas, contra toda analogía respecto á lo que conocemos de animales vivos ó fósiles, no en la mandíbula superior, sino en la inferior; no en el sitio de los caninos, sino en el de los incisivos; no en una posición elevada hacia el cielo, sino en dirección á la tierra; no procedentes de la boca, sino de la parte exterior de la mandíbula inferior por medio de dos concavidades situadas en el mismo parage.

Este raro descubrimiento, hecho por el doctor Klipps-tein, que dirigia la exploracion de estas zanjas naturales despertó la curiosidad de la mayor parte de los sabios de Europa, y todos se pusieron en el caso de juzgar, por los fragmentos que hemos mencionado, á que clase podia pertenecer este ser tan extraordinario.



El dinoterio gigante.

Mr. Buckland quiso ver en este animal la figura de un morso ó una foca. En cuanto á este último anfibio, no hay razones para pensar en ello, pues el húmero, el omóplato y las falanges del animal fósil no pueden convenirle de ninguna manera. Las defensas tienen alguna semejanza en la forma con los dientes de un morso, pero su lugar excluye toda analogía, y todo el resto del fósil no puede convenir á este género.

Mr. G. Cuvier, no juzgando de este monstruo mas que por algunos fragmentos de huesos precedentemente encontrados, creyó ver por ellos un tapir y un pangolin gigantesco. Se aproximaba á la verdad tanto como podia aproximarse en vista de tan pocos materiales. Mr. de Blauville creyó ver una especie de elefante, y algunos naturalistas alemanes una ballena.

Por lo que toca á nosotros, pensamos que el dinoterio gi-

gante (*dinotherium giganteum*) que presentamos en el adjunto grabado, no era otra cosa que un topo monstruoso, ó al menos un animal que se le acercaba en parecido por las formas generales del cuerpo, y mas todavia por sus costumbres.

Sus dientes prueban que se mantenía de raíces, y de otras partículas subterráneas de vegetales; las enormes cavidades que recibían los músculos de la nariz, anuncian que tenía su trompa corta y gruesa, ó al menos una defensa propia para escavar la tierra; además debió ser un arma mas ventajosa para su defensa; constituía también una especie de espiocha con la cual rompía las raíces de los árboles y levantaba las piedras: también se puede juzgar por el desarrollo de su occipicio que los músculos prodigiosos que movían su cabeza daban á esta espiocha una fuerza extraordinariamente grande.